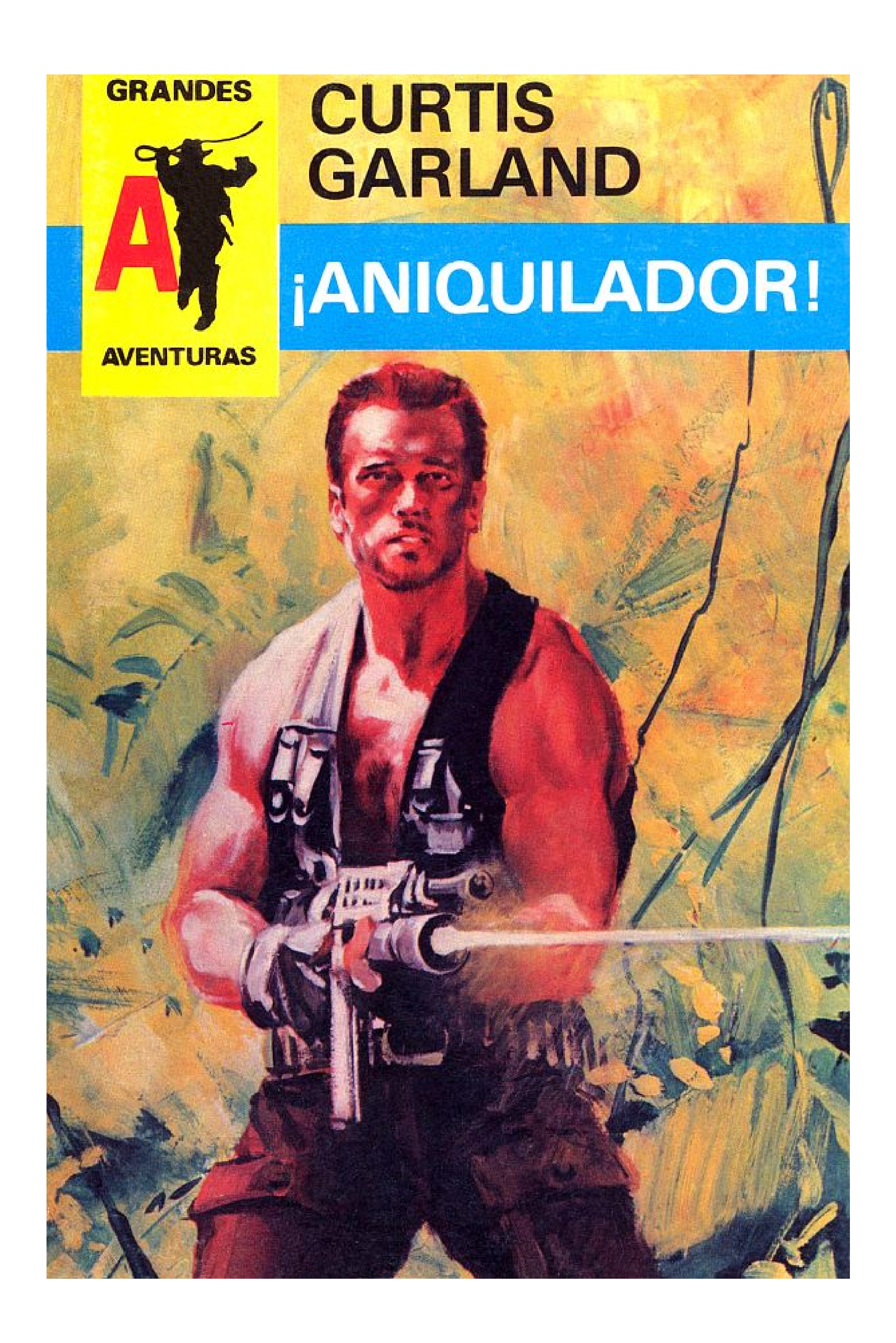

GRANDES
A
AVENTURAS
CURTIS
GARLAND
¡ANIQUILADOR!

El machete cayó con violencia, rasgando la tupida cortina verde.

Lianas, espesura húmeda, se vinieron abajo con el golpe del filo de acero, abriendo paso en la densa espesura selvática.

También se llevó por delante el brazo del hombre.

Arrancado de cuajo a la altura del hombro por el corte del poderoso machete, el brazo mutilado, chorreando sangre, rebotó ante los ojos de los que se abrían paso en la densa manigua.



Indiana James

¡Aniquilador!

Bolsilibros - Indiana James - 44

ePub r1.0
LDS 28.05.18

Título original: *¡Aniquilador!*
Indiana James, 1988
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

Capítulo primero

Rescate en la Jungla

El machete cayó con violencia, rasgando la tupida cortina verde.

Lianas, espesura húmeda, se vinieron abajo con el golpe del filo de acero, abriendo paso en la densa espesura selvática.

También se llevó por delante el brazo del hombre.

Arrancado de cuajo a la altura del hombro por el corte del poderoso machete, el brazo mutilado, chorreando sangre, rebotó ante los ojos de los que se abrían paso en la densa manigua.

De inmediato, sonó un alarido de intenso dolor en la espesa boscosidad del lugar. Y las armas tabletearon.

Los viajeros abrían fuego rabiosamente sobre el lugar donde su machete, al cortar vegetación, había cortado también un brazo humano.

Entre los espesos ramajes, se desplomaron tres cuerpos, hasta entonces emboscados en la selva. Uno de ellos chorreaba sangre por su hombro cortado limpiamente.

—Esos guerrilleros nos hubieran frito por la espalda, de no alcanzar el machete a uno de ellos —dijo el que había usado el arma blanca para abrirse paso en la inexorable jungla.

—Lo sé —afirmó el coloso que iba tras él.

Porque coloso era, sin lugar a dudas. Un hombre fuera de lo corriente, en cuyas manos humeaba aún la poderosa ametralladora vaciada sobre los emboscados.

Gigantesco, poderoso como un titán, de cabello rubio, rapado, rostro anguloso, duro y enérgico, taladrantes ojos grises, piel broncínea, bajo la que vibraban músculos de acero, tendones como

cables, formando un amasijo hercúleo, que realzaba el sudor y la grasa de las lociones antiparasitarias de la jungla. Sólo se cubría con un chaleco del que colgaban granadas de mano, un pantalón amplio, del mismo color verde incierto de la selva que les rodeaba, con bolsillos para otras armas, explosivos concentrados, cuchillo enorme en su vaina, pistola automática, así como entre sus nervudas, recias manos, un poderoso fusil ametrallador de modelo reciente, capaz de vomitar cientos de balas en unos pocos segundos a velocidad de vértigo.

Aquella mole humana de expresión dura y sombría, capitaneaba el reducido grupo formado por los tres miembros del comando perdido en la espesura. Sus otros dos componentes eran el hombre pelirrojo que usaba el machete para abrir paso en la densa fronda tropical, flaco y elástico como si estuviera hecho de goma, y un hombretón pequeño, recio, moreno, de movimientos vivaces y grandes barbas negras como las de un viejo bucanero.

—El tipo no era lo bastante duro —comentó el barbudo contemplando al que perdiera el brazo bajo el tajo accidental del machete—. No supo cerrar la boca al sentirse mutilado.

—¿Te crees que era un ninja? —rió el pelirrojo, volviendo a segar con su hoja de acero, ahora manchada con la sangre del guerrillero, un nuevo muro de lianas y de arbustos frondosos—. Sólo esos tipos orientales pueden perder un brazo o un pie sin soltar el más mínimo quejido ni alterar su expresión. No estamos en el Japón, Bruno.

—Ya lo sé, Orson, maldito seas —rezongó el barbudo—. Estamos en esta húmeda, sucia e insoportable selva centroamericana, cazando a pequeños guerrilleros rebeldes, sin que nadie nos ayude lo más mínimo, pese a todas las promesas oficiales.

—Las promesas oficiales sirven de poco en un país como éste, sacudido por una auténtica guerra civil entre el gobierno en el poder y los guerrilleros que infestan la nación —señaló gravemente al cabecilla del grupo, el gigante musculoso de pelo rapado y expresión huraña—. Siempre supe que tendríamos que confiar en nuestras solas fuerzas, amigos. De modo que sigamos adelante, pero con mucho cuidado. Es evidente que la guerrilla conoce nuestra presencia en esta zona. Hemos tenido mucha suerte en sorprender de modo tan casual a esos tres emboscados. De otro modo, podrían

habernos liquidado fácilmente.

—Eran sólo tres. Tres contra tres —señaló el llamado Orson—. Y tú vales por diez, Alex.

—No exageres —sonrió sombríamente el atlético jefe del grupo —. ¿Te has dado cuenta de lo que tenían esos guerrilleros? Un arma tan silenciosa como temible…

Y señaló a algo que ninguno había advertido hasta entonces, junto a los cadáveres de los tres guerrilleros cosidos a balazos.

Orson Dillard y Bruno Correia, los dos comandos del grupo, miraron en esa dirección, estremeciéndose. De inmediato comprendieron que la aguda mirada de su jefe había captado algo que ellos ni siquiera imaginaron.

Junto a un árbol, había una especie de ballesta con tres resortes de disparo. Y en cada uno, una recia flecha cuya punta se veía oscurecida por alguna sustancia sospechosa. El mecanismo de la ballesta se accionaría cuando ellos pisaran una liana que aparecía justamente delante de ellos, cruzada en la senda boscosa, a menos de cinco pasos de distancia.

Orson se paró en seco, machete en alto, palideciendo. Correia lanzó un juramento en su portugués natal, sacudiendo la cabeza.

—Vaya si lo sabían —rezongó—. Sabían que somos tres. Y que pasaríamos por aquí… He visto trampas como ésas, pero sólo en las selvas de mi país. Los nativos suelen utilizarlas para cazar turistas o exploradores incautos…

—Sí, es un método de ciertas tribus amazónicas, tiene razón — convino el hercúleo Alex, gravemente—. Pero la guerrilla usa toda clase de métodos útiles para sus fines, en cualquier parte del mundo. Costa Plata no es una excepción, a lo que se ve.

—Costa Plata es un infierno —rezongó Orson, eludiendo cuidadosamente la liana—. ¿Qué tal si dejamos la trampa lista, por si nos sigue algún otro grupo guerrillero?

—No es mala idea —admitió Alex—. Pero dudo que resulte. Nos enfrentamos a grupos muy astutos, habituados a luchar en la selva, que es su ambiente natural. Ahora comprendo cómo el gobierno de Punta Caimán tiene tantas dificultades con sus rebeldes enemigos…

—¿Y qué se nos ha perdido a nosotros en un país así? —se quejó Orson—. Me pregunto por qué los Estados Unidos se mete en tales jaleos…

—Cosas de la política —suspiró Alex—. A veces no hay otro remedio. Lo cierto es que estamos aquí, por encargo del Tío Sam, y nuestro deber es actuar y callar. Tenga razón o no nuestro país en mezclarse en asuntos ajenos, no es cosa nuestra opinar al respecto, sino intentar cumplir con la misión encomendada.

—Eso ya lo sé —se lamentó Correia—. Nunca debí hacerme ciudadano americano, qué diablo. Estaba mucho más tranquilo en mi Brasil natal.

—Sabes que eso no es cierto —sonrió Alex—. Allí, te aburrías, ansiabas meterte en líos como éste, Bruno. Por eso estás con nosotros, por eso te alistaste en las filas de la AISA. Y ahora, callad todos. Tenemos mucho que hacer aún. Sospecho que el campo de prisioneros de que hablaron, está cerca de aquí. Y si es así, allí estará sin duda nuestro objetivo.

—El senador Thompson… —rezongó Orson Dillard meneando la cabeza—. ¿A quién se le ocurre venir a Costa Plata en misión de paz, y dejarse coger por la guerrilla?

—Eso os demuestra la fragilidad del gobierno del presidente Valdés Medina. —Alex puso una nueva caiga en su fusil ametrallador, antes de reanudar la marcha—. Y ahora, adelante, amigos. Se acabó la hora de la tertulia.

Siguieron su marcha a través de la espesa jungla tropical. No sin que antes, repentinamente, Alex girase la cabeza, mirando receloso a su espalda. A Orson no se le escapó ese gesto de su jefe.

—¿Qué pasa, Alex? —demandó—. ¿Algo sospechoso?

—No, supongo que no —arrugó el ceño el hércules viviente—. No sé… Juraría que en un par de ocasiones he sentido algo, la presencia de alguien a nuestra espalda. Pero luego he comprobado que no había nada ni nadie. Es raro… La impresión persiste, pero no tiene sentido.

—Iré a ver, por si acaso —se ofreció Correia—. Esperad un momento.

Se desplazó hacia atrás, hundiéndose en la espesura abierta ya a machetazos anteriormente. Le esperaron sus camaradas con las armas a punto. Correia regresó unos minutos más tarde. Meneó negativamente la cabeza.

—Nada —dijo—. Ni rastro de ser viviente alguno. Debiste equivocarte, Alex. Tal vez un exceso de celo por tu parte.

—Es posible —el gigante se encogió de hombros—. Sigamos.

Se adentraron en lo más profundo de la selva. El terreno era blando, pantanoso, el ambiente húmedo y pesado. Hacía un calor bochornoso que pegaba las ropas al cuerpo, empapado de sudor. Alrededor de ellos, mosquitos y toda clase de insectos pululaban amenazadores, aunque la grasa repelente que cubría su piel con una capa lustrosa, impedía que hicieran presa en ellos.

Era una marcha lenta, dificultosa, erizada de peligros de todo tipo. En una ocasión, de las ramas de un árbol se descolgó un enorme, grueso reptil, enroscándose al cuello de Correia.

Rápido, Alex soltó su fusil, tomando en sus manos un enorme, dentado cuchillo, que le sirvió para, de un vertiginoso tajo, segar la cabeza de la serpiente limpiamente.

Correia se deshizo del resto del escamoso cuerpo enroscado a su garganta. Miró a Alex con gratitud.

—Te lo debo, jefe —dijo—. No lo olvidaré.

—Bah, sigue adelante —le ordenó Alex, secamente, encogiéndose de hombros.

Limpió la hoja de acero en unos arbustos, enfundándolo de nuevo. Recuperó su formidable, poderoso fusil ametrallador, siguiendo la marcha a través de la espesura.

Tuvieron que moverse por aquel verde laberinto selvático varias horas más, para encontrar algo que les diera un indicio sobre lo atinado o no de su caminata.

—¡Mirad! —señaló Orson Dillard al suelo—. Huellas de un vehículo todo terreno…

Alex asintió, su fría mirada fija en las señales de neumáticos. El terreno se despejaba por momentos, aunque seguía siendo accidentado. Había menos frondosidad, lo que sin duda permitía moverse libremente en la zona a vehículos como el que dejara sus ruedas marcadas en el blando suelo.

—Creo que estamos llegando al campo de prisioneros —señaló sordamente, haciendo un gesto que implicaba silencio—. No uséis armas de fuego salvo en caso extremo. A partir de ahora, la sorpresa es una baza a nuestro favor. Tratemos de utilizarla, amigos.

Asintieron Bruno y Orson. La marcha siguió extremando las precauciones, agazapados entre la espesura, con cuyo denso color se confundía el de sus ropas de campaña. Ya no tenían que ir cortando

arbustos para abrirse paso. Pero ello implicaba mayores cuidados, más cautela en la forma de moverse, para no ser vistos por algún observador emboscado.

Repentinamente, Orson Dillard detuvo su avance. Alzó un brazo, pidiendo silencio e inmovilidad, pero tanto Alex como Correia se habían parado también, justo cuando lo hizo el que iba a la cabeza del grupo. También ellos habían captado lo mismo que su compañero: un leve roce, apenas perceptible, en lo más intrincado de la manigua centroamericana por la que se movían sigilosamente.

Un oído normal ni siquiera hubiera percibido aquel insignificante sonido, casi inaudible entre los mil roces constantes que producía la propia selva, como algo vivo, latente, siempre en sorda ebullición vital, aunque pareciera dormido.

Se miraron los tres. No necesitaban palabras para entenderse entre sí en momentos como éste. Podían transmitirse información e ideas con sólo mirarse, con leves contracciones musculares en sus rostros curtidos, aparentemente inexpresivos bajo la grasienta capa del repelente insecticida.

Afirmó con la cabeza Alex, siempre sin despegar sus labios ni producir ruido alguno. Correia bajó su arma automática, sujeta a su hombro por la ancha banda de cuero, para tomar en su lugar un arma mucho más silenciosa y eficaz en tales circunstancias: un cuchillo alargado, semejante al de Alex, aunque posiblemente algo más reducido de anchura, y con el borde afilado, sin dentado.

También Alex olvidó su poderosa metralleta para esgrimir el terrible cuchillo con el que decapitara al reptil anteriormente. Dillard no necesitaba cambiar nada, porque aún esgrimía su formidable, afiladísimo machete, el que había sido capaz de segar, junto con lianas y arbustos, el brazo de un hombre oculto en la espesura.

Los tres hombres se movieron ahora como fantasmas, tras aguzar algo más el oído su hercúleo jefe, que luego comprobó la dirección del aire y señaló con su mano hacia la derecha del grupo. Correia asintió, en señal de aprobación.

Se apartaron entre sí, quedando Correia en un extremo, Dillar en otro, para ocupar el centro del triángulo que formaban, la figura poderosa de Alex, el jefe.

De ese modo se desplazaron, agazapados, sigilosos, moviéndose

igual que simples sombras, como si sus pesadas botas de campaña no tocasen siquiera el suelo, en la dirección indicada por Alex, aunque dando los dos hombres de las alas un amplio rodeo al punto señalado.

Así, quedó éste en el mismo centro del despliegue humano del pequeño comando. Y momentos después, entre la densa fronda, eran visibles hasta cinco hombres, de espaldas a ellos, agazapados, esperando algo.

Les esperaban a ellos. Habían dado el justo rodeo para salirles por la espalda, sin que los emboscados se dieran cuenta de nada.

Eran hombres de baja estatura, morenos, de pelo negro grasiento, facciones achatadas y cetrinas por lo que podía apreciarse bajo el sudor y el camuflaje selvático. Se apreciaba en sus rasgos origen indio centroamericano.

Guerrilleros rebeldes, nativos contrarios al gobierno de Valdés Medina. Las junglas de Costa Plata estaban infestadas de ellos. Ocurría algo parecido en Nicaragua, en El Salvador, en Colombia, en muchos otros lugares de la América situada más allá de México, fuese cuál fuese la política dominante en el país. El cono sur americano, y también su centro, era siempre un volcán en peligro de erupción, un punto geográfico, convulsivo y conflictivo, por miles de razones, económicas, políticas o sociológicas.

Ahora, estos guerrilleros tenían en su poder a un importante ciudadano americano al que era preciso salvar, rescatar sano y salvo, antes de que la guerrilla costaplatense cumpliese sus amenazas de ejecutarlo como a un enemigo de guerra.

Y por eso estaban allí aquellos tres hombres, seleccionados de entre los mejores, capaces de tal gesta. Que lograsen tal rescate o no, debía de verse en breve plazo.

Y ésta era una de las pruebas puestas en su camino.

La mente de Alex actuaba rápida. No necesitaba transmitir sus pensamientos a sus dos camaradas. Ambos sabían lo que estaba pensando.

—Esos hombres vigilan un accedo a sus instalaciones. El campo de prisioneros donde se halla el senador Gordon Thompson cautivo, no puede estar lejos. Por tanto, cualquier detonación pondría en peligro la operación. Antes de que llegáramos hasta él, el senador sería ajusticiado por sus captores. De modo que es preciso abatir

silenciosamente a esos cinco hombres. Sin un estampido, sin un grito a ser posible.

Y no era tarea fácil. Porque eran cinco hombres armados, habituados a moverse por aquellas selvas como si fuera su propia casa. Endurecidos en cien combates. Y ellos sólo eran tres. Pero no había otra alternativa.

Alex hizo un gesto repentino. Era la señal.

Se lanzaron sobre los cinco hombres al unísono, con movimientos perfectamente medidos, como si fuese algo ensayado previamente miles de veces.

CAPÍTULO II

INFIERNO VERDE

Todo fue preciso, milimetrado, matemático. No podía ser de otro modo. Si uno solo de ellos apretaba el gatillo, si rugía un arma de fuego, la misión sería un fracaso. Y posiblemente sus vidas también.

Las armas blancas cayeron despiadadas, implacables, sobre las espaldas uniformadas de verde parduzco. Los aceros se hundieron silenciosos en los cuerpos de los guerrilleros, sin darles tiempo a actuar siquiera.

Pero eso terminaba con tres vidas, no con cinco. Quedaban dos en pie, a los que era preciso silenciar al mismo tiempo que a los otros. Ése era el problema auténtico. Alex lo había previsto. También sus compañeros.

Por ello el capitán del grupo, al saltar sobre su víctima, lo hacía en realidad sobre dos de ellas. Y con un arma en cada mano. Su poderosa diestra se cerraba sobre el mango del terrible cuchillo, el arma dentada, que ahora se había hincado brutalmente en las entrañas de un hombre. Pero su zurda, tan potente y vigorosa como la derecha, esgrimía otra arma letal para su segundo enemigo, situado casi al lado del que sufría el impacto del acero dentado.

Ese arma era un lazo de seda, al estilo del utilizado por los estranguladores en la India. Un nudo corredizo, sumamente delgado, sutil, pero capaz de estrangular a un hombre en fracciones de segundo, si era hábilmente utilizado.

Aunque con una sola mano, Alex lo hacía. Parecía imposible, pero sus dedos dejaron caer el lazo sobre la garganta del vecino guerrillero, cerrándole el nudo a la vez, con un tirón seco de sus

formidables dedos sobre la seda.

El guerrillero se agitó, sintiendo la asfixia, se llevó las manos a la garganta instintivamente, soltando su arma automática, en un desesperado esfuerzo por arrancarse el dogal mortífero. Mientras su compañero caía ya como un saco, con el corazón partido por aquella hoja terrible que atravesaba su cuerpo.

También Correia lograba abatir a dos hombres a la vez, pero de modo más rudimentario y peligroso: mientras degollaba a un adversario de un simple tajo en la garganta, descargó con su otra mano un golpe seco, contundente, en la nuca del cuarto individuo, a la vez que Dillard abatía al último del grupo del mismo expeditivo procedimiento a base de su largo machete.

Los cinco guerrilleros quedaron en tierra, inmóviles. Ni un ruido apenas se había producido allí para terminar con ellos. Ni un arma ladró. Ni siquiera sonó un grito.

—Cuatro muertos y un inconsciente —dijo sordamente Alex—. Hay que dejar cinco cadáveres. Terminemos con el quinto, no hay otra solución.

—No me gusta matar a sangre fría a alguien que no puede defenderse, Alex —se lamentó Dillard.

—A mí tampoco. Pero no existe alternativa, Orson. Yo lo haré.

Dio vuelta al cuerpo del que golpeara Correia con su ruda mano en forma de mazo, derribándole en seco, y se dispuso a hundir en su pecho el enorme cuchillo dentado, empapado aún de la sangre del otro guerrillero.

Se detuvo justo a tiempo, pestañeando. Correia lanzó una imprecación, y Dillard resopló, confuso.

—Cielos, no —dijo sordamente Alex, deteniendo su acero a menos de dos pulgadas del corazón del caído—. Una mujer…

Era una mujer, sin duda alguna. A menos que se pusiera hormonas o siliconas en sus pechos para hacerlos crecer, como ciertos travestidos y homosexuales.

Alex se mantuvo con el arma suspendida sobre el pecho de su víctima, indeciso. Con su otra mano, para salir de dudas, arrancó la guerrera del caído. Sus dedos, como nervudos, potentes cuerpos independientes entre sí, hicieron un simple juego del destrozar a jirones una tela basta, recia y resistente.

Bajo el cuchillo asomaron dos pechos de mujer duros, firmes,

redondos y bastante desarrollados, por cierto. No había dudas, era un guerrillero femenino. Tiró la gorra verde a un lado. Debajo, el cabello era corto, oscuro, pero también de mujer, sin duda alguna. El rostro, incluso grasiento, sudoroso y pintarrajeado con el camuflaje verde, se veía de una muchacha joven, morena, atractiva.

—¿Y qué hacemos ahora? —masculló Alex, indeciso.

—Es una guerrillera. Como los otros —señaló Correia—. Si no la matas, gritará en cuanto se despierte, para llamar la atención de sus cercanos camaradas. Estoy seguro de que el campo de prisioneros no puede estar lejos.

—Yo también. —Alex frunció el ceño—. Me repugna rematar a una mujer.

—¿Crees que a mí me divierte? —rezongó Correia—. Deja que lo haga yo, si sientes escrúpulos.

—Nadie hace lo que puedo hacer yo, Bruno —cortó tajante el jefe—. Deberías saberlo.

Alex asintió, prietos los labios. Orson no decía nada, limitándose a contemplar la escena mientras limpiaba de sangre su machete.

De pronto, los labios de la guerrillera se movieron, pese a que no abrió los ojos:

—Si hubiera querido gritar, lo hubiera hecho ya. E incluso disparar mi arma. El golpe no me ha quitado el conocimiento por completo. ¿No habéis mirado esa gorra?

Alex soltó una imprecación. Correia tomó la gorra verde, mirando su interior. Se la mostró a su jefe. Se veía en su interior un forro de malla metálica bastante tupida, sobre su fondo de tejido espeso. Era como una cota de malla dentro del gorro. Lo suficiente no sólo para detener la fuerza de un golpe, sino también una bala.

—De modo que todo el tiempo estuviste consciente —dijo el brasileño—. Y sin gritar ni intentar disparar.

—Eso es —ella abrió ahora sus ojos, mirándole. Eran muy negros, muy profundos. Y muy astutos, pensó Alex, receloso. Los labios gruesos sonrieron casi—. Pude haber hecho cualquiera de esas cosas, me sobró tiempo.

—Lo sé —admitió Alex de mala gana—. ¿Por qué no lo hiciste? Eres una enemiga nuestra. Y lo sabes muy bien, supongo.

—Soy una guerrillera, es cierto. Y sé quiénes sois vosotros y a lo que venís.

—¿Entonces…? —Alex movió levemente su cuchillo, suspendido aún sobre la mujer—. No me gustan las adivinanzas, muchacha. Y menos en esta situación. Habla de una vez.

—He empezado a estar harta de la guerrilla desde hace algún tiempo. Esto no es lo que se nos prometió. No existen ya ideales políticos ni altruismo en este movimiento. Ni siquiera nos dirige un costaplatense, como era el general Villalobos.

—¿Ah, no? Pues Villalobos es el jefe de la guerrilla, eso lo sabemos todos —replicó escéptico Dillard.

—Lo era. Le mataron en una emboscada. Eso dicen, al menos. Yo nunca he creído que le mataran los gubernamentales. Fue cosa de él. De Lester.

—¿Lester? —Alex entornó sus helados ojos color acero—. ¿Quién es ése?

—Clyde Lester. Un yanqui como vosotros. Un renegado. Dirige a la guerrilla. No duda en hacer asesinar a compatriotas suyos. Es una mezcla despreciable de mercenario y psicópata homicida. Mató al general, seguro, para suplantarle como cabecilla nuestro. De la guerrilla ha hecho una banda de forajidos, de nuestros ideales un afán homicida, sanguinario, cruel. No busca derrocar al gobierno, sino enriquecerse con botines cuantiosos. Y nadie quiere verlo. Mis camaradas se creen sus palabras, le obedecen como a un dios. Confían en ese cerdo.

—Clyde Lester… —Alex asintió despacio—. Empiezo a recordar. No siempre se llamó así. Antes fue Clyde Lamont y Charles Larsen. Se ajusta bastante al retrato que haces de él. Desertó en Vietnam. Se drogaba, asesinaba prisioneros… Y es cierto: está loco. Pero es una locura peligrosa la suya, porque está respaldada por la ambición, la perversidad y el odio. Escapó de los Estados Unidos, perseguido por la CIA, por el FBI… y por mucha gente más. No podía imaginar que se ocultara en Costa Plata.

—Antes estuvo en otros lugares de Centroamérica. Pero aquí ha encontrado su emporio —dijo la guerrillera—. Ahora ya sabes por qué no grité ni disparé. Me veía obligada a seguir luchando por lealtad a mis camaradas, simplemente. Pero la causa de Lester no es en absoluto la mía. Ahora, haz de mí lo que quieras.

Alex la estudió fijamente, sin bajar un ápice su cuchillo.

—Podría ser mentira todo lo que dices —alegó—. Pareces lista.

—Lo soy. Pero nunca traicionaría a los míos si el general Villalobos viviese aún, de eso puedes estar seguro. Baja ese arma si no crees mis palabras.

—Aunque las crea, ¿de qué puedes servirnos? No podemos llevar rehenes en esta maldita selva. No nos está permitido tener ese lujo.

—No sería un rehén, sino una compañera. Podría seros de mucha ayuda para rescatar a vuestro senador, puesto que eso es lo que vinisteis a buscar aquí.

—No me fío de aliados tan repentinos y dudosos como tú. Podría formar parte de una bonita trampa —señaló Dillard escueto.

—Claro que podría ser una trampa —rió ella—. Tendréis que arriesgaros. Pero es la única forma de asaltar el campo de prisioneros con éxito. Sin mi ayuda, es posible que logréis vuestro objetivo… pero para entonces, el senador estará muerto.

Alex y sus camaradas se miraron en silencio. Ése era el oculto temor que todos albergaban. La guerrilla había expresado sus propias dudas e inquietudes.

—¿Estás segura de que tú puedes evitar que eso suceda? —indagó Alex, glacial.

—Sí —afirmó ella—. Recordad que pertenezco a ellos. Y que conozco ese campamento, sé dónde está el senador… y lo que le ocurriría de inmediato, si alguien asaltara el lugar.

—Ven, háblanos de eso —dijo repentinamente Alex, aferrándola por los cabellos con una sola mano, para levantarla como si fuera una pluma. La dejó sentada en la hierba, para sorpresa de ella, que le miró perpleja, estudiando sus músculos.

—Eres un verdadero hércules —dijo admirada—. ¿Haces culturismo?

—Hago de todo —replicó seco el jefe del grupo—. Hay que estar en forma. ¿Cuál es tu nombre, muchacha?

—Yolanda. Yolanda Duarte.

—¿Naturalmente de este país?

—Por supuesto. Soy una patriota costaplatense. Por eso lucho con la guerrilla.

—¿No te gusta el presidente Valdés Medina?

—No me gustan muchas cosas de este país. Ni de otros. Hay que luchar por lo que a uno le gusta, como supongo que hacéis vosotros.

—Tienes razón. ¿Por qué habrías de hacerlo? Eso sería una

traición a los tuyos.

—A los míos, no. A Clayde Lester. Es muy distinto.

—Morirá mucha gente en ese asalto al campamento. Tal vez nosotros también. Pero morirán antes muchos de tus camaradas. ¿Has pensado en ello?

—Sí. Morirían de igual modo. De todas formas, en ese campamento no hay demasiados camaradas míos. La guerrilla también está podrida por culpa de Lester. Muchos son mercenarios de otros países centroamericanos. E incluso yanquis como vosotros. Ya os dije que se ha convertido en una banda de forajidos. Incluso a veces me he sentido en peligro. Sé que mi idealismo molesta a Lester y a muchos de mis nuevos compañeros. Un día u otro terminarán conmigo, haciéndome una mártir «ejecutada por el enemigo del pueblo», como se suele decir en estos casos. No me gusta esa posibilidad.

—¿Estás dispuesta a ayudarnos, entonces?

—Sí. Tienes mi palabra.

—¿Qué posibilidades existen de rescatar con vida al senador?

—Sin mí, ninguna. Conmigo, aproximadamente un cuarenta por ciento.

—¿Tan mal está la cosa?

—Muy mal. La celda del senador está conectada a una carga explosiva de alta potencia que enviaría por los aires al recinto y a su ocupante en cuanto el sistema de alerta instalado, provisto de un sofisticado procedimiento electrónico, detectase la proximidad de intrusos. Por otro lado, el campo de prisioneros está rodeado de una zona minada que sólo los miembros de la guerrilla conocemos.

—Aventurarse en la franja que rodea ese campo, es la muerte cierta en un noventa por ciento de ocasiones. Como veis, no es nada fácil llegar al interior. Y menos aún salir, porque existen cuatro torres con ametralladoras, dominando el terreno, así como un retén bien armado de guardianes, alambradas electrificadas y toda clase de detectores electrónicos para señalar la presencia de personas ajenas a la instalación.

—Pues la cosa es bastante más difícil de lo que pensábamos —comentó Correia con aire contrariado.

—No creí que un simple campo de prisioneros en la selva tuviera tantas precauciones adoptadas en su entorno —añadió

Dillard torciendo el gesto.

—¿Existen más prisioneros ahí dentro? —preguntó Alex sin inmutarse.

La guerrillera asintió lentamente.

—Sí, existen —dijo—. Sólo dos. Y muy importantes. Sobre todo, para el país. Uno es el coronel Fuentes Velasco. El otro, el ex gobernador de Punta Caimán, Raúl Coronado. Son dos auténticos patriotas democráticos, la alternativa real al gobierno corrupto que ahora regenta el presidente Valdés Medina. La guerrilla controlada por Lester los tiene cautivos porque sabe que, con ellos en libertad, este país acabaría en paz, unificado y sin contiendas civiles.

—Empiezo a entender —asintió Alex—. Se decía que esos dos hombres estaban en el exilio o habían sido asesinados por la policía de Valdés Medina. La trama es clara: Lester y la guerrilla pretenden seguir esta guerra a toda costa, impedir que la guerrilla rinda un día sus armas ante un gobierno de unión, capaz de convencer a todos. Por su parte, a Valdés Medina tampoco le interesa demasiado que sus oponentes políticos puedan ser libres de combatir su forma de gobierno…

—Eso es. Ya te dije que hay muchas cosas en mi país que no me gustan. La política es una de ellas. Suele ser algo podrido en casi todo el mundo. Y los demás servimos de títeres a los políticos que manejan frases hermosas y huecas.

—¿Qué puedes hacer tú, Yolanda, para que podamos rescatar no sólo al senador, sino también a esos dos costaplatenses?

—Todo. No sé si hacerlo, pero sí intentarlo. Puedo desconectar los sistemas de alarma, facilitaros un plano de la situación exacta de las minas. Y colaborar en la neutralización de los métodos de defensa y ataque de ese campo.

—¿Lo vas a hacer, realmente?

—Sí. Es mi parte de ese pacto. A cambio, pido la vida.

—De acuerdo. Vamos a correr el riesgo. Espero que no nos traiciones.

—No lo haré —sonrió ella—. Pero tienes razón: es un riesgo a correr.

—Estamos habituados a ellos. Peor, no creo que pueda ser la situación. —Alex se encogió de hombros—. Adelante, Yolanda. Dinos qué es lo que se hará para empezar.

—Ante todo, conocer el campo minado. Otra cosa, os sería fatal —hundió la mano entre los jirones de su blusa, desgarrada por la hercúlea mano de Alex, para extraer de su cintura una ancha franja de tela color oscuro, a guisa de cinturón. Se movía sin pretender cubrir sus hermosos pechos desnudos, como no dando importancia a que los tres hombres pudieran admirar sus atributos físicos. Con cada movimiento, aquellos dos soberbios globos de carne morena vibraban, temblando graciosamente, dada su firmeza y solidez. Correia gruñó algo, desviando la mirada del inquietante panorama.

De aquel cinturón, extrajo unos papeles tras descorrer una cremallera. Los desplegó ante sus nuevos camaradas, encima del suelo. Señaló uno de ellos.

—Es el campo minado. El otro tiene reproducidos los circuitos electrónicos de alarma y sus sensores especiales. El tercero, contiene el plano del sistema de conexión de la celda del senador y la de los otros dos prisioneros a la carga explosiva.

—¿Por qué llevabas todos esos preciosos documentos contigo tan cuidadosamente escondidos? —demandó Alex.

—Para una ocasión como está —los oscuros ojos le miraron abierta, francamente a la cara—. Tenía la idea de traicionarles algún día. Y esa ocasión ha llegado.

—Eres extraña —comentó el hércules americano—. Muy extraña, Yolanda. Me pregunto si hacemos bien en fiarnos de ti.

—No tenéis otro remedio —rió ella suavemente, con cierto cinismo en el tono—. Además, sabes por qué me convierto en una traidora. Traicionar al que traiciona es como robar al ladrón. No lo digo como excusa. Sé que no obro honestamente. Pero ellos tampoco son honestos conmigo ni con los ideales de mi país. Es la ley de talión, que tan bien saben aplicar en tu país, yanqui. Ojo por ojo, diente por diente.

Alex la estudió fijamente con sus pupilas color metal, sin pestañear. No pudo evitar una mirada a sus senos desnudos, pero en sus ojos no brilló el deseo ni el morbo.

—Adelante —invitó al fin—. Vamos a estudiar la situación. Después… atacaremos el campo de prisioneros, con todas sus consecuencias.

* * *

Era noche cerrada. La oscuridad reinaba en la manigua centroamericana. Todo parecía muerto alrededor, tal era el silencio sepulcral de la jungla. Pero ellos sabían que eso era engañoso. Aquella selva vivía, palpitaba, aunque dormida en parte ahora. Muchas de sus criaturas ni siquiera dormían. Depredadores de todas las especies se movían sigilosamente en la espesura, buscando su festín. Pero el silencio presidía aquella actividad nocturna.

Abajo, en el llano situado a pies del boscoso altozano, vigilaban los tres comandos americanos. Los centinelas no dormían. Iban arriba y abajo, vigilantes. Otros, permanecían alerta en las torres de ametralladoras. En el campo de prisioneros de la guerrilla, había gente al acecho, esperando un ataque.

Alex y sus dos compañeros se movieron en la oscuridad. Habían transcurrido dos horas exactas desde que Yolanda se ausentara, de regreso al campo, tras herirse a sí misma con un arma blanca en dos puntos del cuerpo. Era parte de su coartada ante sus camaradas. Diría que había escapado de los enemigos con aquellas heridas, tras ser exterminados sus compañeros. Lo importante era que ellos la creyeran.

Dos horas era el plazo dado. Los tres hombres habían memorizado perfectamente la posición de las minas en torno a las alambradas. Se movieron en la sombra como si fuesen parte de ésta misma, sigilosos, agazapados, en total silencio.

En la oscuridad, sus ojos escudriñaban el terreno, calculando con precisión los puntos donde se ocultaba cada mina montada por la guerrilla. No hubo problemas. Salvaron la franja peligrosa sin el menor riesgo. Yolanda no había mentido en eso.

Alex probó la electrificación de la alambrada, arrojando a ella, en un punto distante de las torres de ametralladoras, un botón metálico de su indumentaria. El choque no provocó chispa alguna. La electricidad había sido cortada.

—Adelante —susurró—. Entremos.

Llegaron a la alambrada. Con sus alicates, cortaron los alambres que normalmente transportaban carga eléctrica de alta tensión. Momentos después, se adentraban en el oscuro campamento de casuchas de madera o de cañas, infiltrándose entre confiados vigilantes armados que paseaban rutinariamente cumpliendo la guardia.

—Es el barracón tercero de la derecha —les recordó Alex a sus compañeros—. No lo olvidéis.

Asintieron ellos vivamente. Yolanda les había dicho dónde estaban internados los tres prisioneros. Sólo que ahora todo dependía de que ella hubiera podido neutralizar los sistemas electrónicos de alarma y, sobre todo, la conexión a los explosivos con las dos celdas de los prisioneros.

Delante del barracón paseaban dos parejas de guardianes armados con ametralladoras ligeras de moderna factura. Eran medidas precautorias que confirmaban la importancia del edificio.

Su plan de ataque estaba ya previsto. Esperaron a que dos de los guardianes desapareciesen tras la esquina del edificio. Correia y Dillard cayeron silenciosamente sobre los dos. Sus cuchillos segaron también ambas vidas en el más completo silencio. Los cuerpos fueron arrastrados a una zona de sombras, ocupando ellos su sitio, algo agachados para poderse confundir mejor con la corta estatura de los eliminados.

Alex esperó, agazapado en la oscuridad, sus manos engarfiadas. Todo ahora había de ser silencioso. Muy silencioso.

Surgieron momentos después los otros dos centinelas, arma en ristre, haciendo su monótono paseo. Vieron las sombras de otros dos hombres, con la gorra peculiar de la guerrilla y el arma al hombro, lo que no les hizo sospechar nada.

Cuando estuvieron ante Correia y Dillard, a punto de cruzarse con ellos, saltó Alex desde la oscuridad. Cayó sobre ambos como una mole sigilosa. Sus enormes manos, igual que garras, aferraron sus cuellos a la vez, hundiendo los formidables dedos en la garganta, aplastando la nuez de modo que ahogase todo posible grito.

A la vez, Correia y Dillard soltaron sus metralletas, para clavar sus armas blancas en el corazón de los centinelas. Se desplomaron a pies de ellos como fardos.

—Perfecto —aprobó—. Ahora, Dios quiera que Yolanda haya podido anular los detonadores de explosivos. Si no… estaremos perdidos.

Cargaron contra la puerta del barracón. Estaba sólidamente asegurada, pero las fuerzas físicas de Alex bastaron. Sus manos de acero desgajaron madera y cerradura en un esfuerzo formidable.

Empujaron, penetrando en el local a paso de carga.

Como esperaban, dentro había también vigilancia. Aparecieron media docena de hombres uniformados, arma en mano, acudiendo sobresaltados al impacto en la entrada.

Ya se había terminado el silencio. Las metralletas de los tres hombres abrieron fuego. Fue una rabiosa, estruendosa ráfaga de balas, que abatió a los seis como si fuesen simples cañas tronchadas por un huracán. El tableteo de las armas fue oído en todo el campamento.

Si los detectores funcionaban, todo volaría por los aires en ese momento.

Y voló, ciertamente.

El suelo tembló, la selva pareció estremecerse hasta sus raíces, cuando el infierno estalló en la noche, sacudiendo el campo de prisioneros con una oleada violenta, se iluminó la oscuridad vivamente y reventó la tierra, lanzando al aire formas de madera, cuerpos humanos, en una fulgurante erupción.

Por fortuna, esas explosiones tenían lugar bajo las torres de ametralladoras, haciendo trizas a todas ellas, junto con sus ocupantes.

Empezaron a surgir guerrilleros por todas partes, armados, pero presa del desconcierto más absoluto. Las torres de vigilancia se desplomaban en medio de estallidos formidables, mientras todo parecía arder en el campamento.

—¡Esa chica es fantástica! —comentó Dillard—. ¡Ha conectado los explosivos a las torres de vigilancia, después de desconectarlos de las celdas!

—A eso se le llama matar dos pájaros de un tiro… o muchos pájaros —rió Correia.

Seguían abriéndose paso a tiro limpio, haciendo rugir sus modernas armas automáticas, que vomitaban fuego incesantemente. Bajo aquel alud de balas, caían los sorprendidos guerrilleros sin posibilidad alguna de resistencia.

Llegaron ante las puertas de metal de dos celdas. Alex avisó al interior:

—¡Apártense de la puerta! ¡Venimos a liberarles!

Y abrió fuego con su metralleta sobre las cerraduras. Las hizo saltar en mil pedazos, en medio de un estruendo demoledor. Luego,

por las puertas de metal desgajadas surgieron tres hombres famélicos, de crecida barba, ropas sucias y desgarradas, mirándoles incrédulos.

—¡Benditos sean! —clamó el senador—. ¡Ya habíamos perdido toda esperanza!

—Ya llegará el momento de las palabras emocionales —cortó Alex, secamente—. Ahora, vengan con nosotros. ¿Se sienten lo bastante fuertes para usar un arma?

—Yo, sí —dijo uno de los cautivos—. Soy el coronel Fuentes Velasco.

—Yo, el gobernador Coronado —gimió otro—. Pero me siento muy débil para eso…

—Yo puedo empuñar un arma, amigos —dijo el senador Thompson con energía—. Cualquier cosa, con tal de salir de este infierno de torturas y malos tratos…

Les tendieron dos armas ligeras pero eficaces. Los seis hombres se encaminaron a la salida, abatiendo a cuantos guerrilleros salían a su paso, en una masacre sin precedentes, hecha a ritmo de vértigo.

Las explosiones habían cedido ya. No quedaba una sola torre de ametralladoras en pie. La fuga, por tanto, era más factible que nunca. Alex señaló en una dirección.

—¡Allí! —gritó—. ¡A los helicópteros!

Corrieron agazapados, eludiendo el fuego de algunos enemigos aún con vida, repeliendo el ataque incansablemente con ráfagas de sus armas. Alex buscaba en torno febrilmente, en busca de Yolanda, su accidental colaboradora.

Bruscamente, de la oscuridad surgió la joven, aún con sus pechos al aire, agitada, sucia de polvo y humo, esgrimiendo un arma que humeaba en sus manos.

—¡Deprisa, a los helicópteros! —Corroboró ella—. ¡El renegado Lester viene con toda su fuerza de élite!

Siguieron la carrera hacia el claro donde se alzaban dos helicópteros de combate y transporte, en el extremo sur del campamento guerrillero. Uno de ellos debía conducir a los siete camino de la libertad, lejos de la selva dominada por la guerrilla.

La salvación definitiva parecía más cerca que nunca. Pero esa impresión podía ser engañosa. Y de hecho lo era.

Porque, de repente, ante ellos, surgió un veloz vehículo todo

terreno, repleto de guerrilleros armados hasta los dientes. Y por el otro lado, emergió una potente motocicleta, conducida por un hombre al que Yolanda conocía bien.

—¡No les dejéis escapar! —rugió el de la motocicleta, rodando vertiginoso sobre el fango—. ¡A muerte con ellos! ¡Y va en el grupo Yolanda Duarte, la traidora que nos ha vendido!

—¡Es Clyde Lester! —gritó Yolanda—. ¡Cuidado con él!

Los fugitivos se detuvieron, mientras Lester y sus hombres abrían fuego sobre ellos, tratando de impedir su acceso a los helicópteros.

CAPÍTULO III

AMARGO REGRESO

Los guerrilleros se dispersaron, atrincherándose en piedras, ramajes o pilones de agua del campamento, para cerrarles el paso con el rugir de sus armas. El resplandor de los incendios provocados por las explosiones en el campamento, convertían el lugar en un infierno llameante. Lester era como un demonio, vaciando un formidable lanzacohetes sobre los fugitivos. Dos impactos explosivos levantaron tierra y piedras no lejos de ellos.

—Debo silenciar a ese bastardo —jadeó Alex de pronto, girando la cabeza hacia el renegado yanqui que capitaneaba ahora a la guerrilla.

E inesperadamente, echó a correr, agazapado, hacia el hombre que llegara en motocicleta, haciendo rugir su fusil ametrallador a todo ritmo. Lester se volvió hacia él, con gesto demoníaco en su rostro rubio, ligeramente barbudo, de puntiaguda faz y malignos ojos azules. Acababa de cargar su lanzacohetes de nuevo. Sonriendo, lo enfiló hacia Alex, que corría en su dirección, dispuesto a pulverizarle.

En ese momento, Correia abandonó su parapeto, arrojándose en pos de Alex de modo suicida, vaciando también su arma automática sobre Lester, para cubrir a su camarada.

Dillard, sorprendido, no tuvo tiempo de hacer nada. Yolanda tampoco.

Lester, al verse acosado por dos enemigos, vaciló. Correia logró herirle en una pierna. Lester se tambaleó, sin llegar a caer. Furioso, desvió el arma hacia Correia y disparo.

—¡Noooo! —aulló Alex, desgarradora su voz, al ver brotar el formidable proyectil con una violenta llamarada, rumbo a su amigo.

Era tarde. Su clamor no sirvió de nada. Bruno Correia, alcanzado de lleno por el cohete, reventó en mil pedazos, en medio de una explosión cegadora. Lester, con su muslo chorreando sangre, en pie tras la motocicleta, cargó presuroso el arma, para intentar dispararla de nuevo, ahora sobre Alex, que corría hacia él con fiera expresión.

Alex no vaciló. Disparó con su arma sobre el depósito de combustible de la potente moto. Lo alcanzó. La gasolina estalló violentamente, incendiando el vehículo. Lester chilló, soltando el arma al verse envuelto en llamas. Alex hizo fuego sobre la figura agitada entre el fuego, alcanzando a Lester varias veces. El cuerpo de éste desapareció entre las llamas, mientras el lanzacohetes, rodando por el suelo, fue a resultar alcanzado por pavesas de la moto incendiada.

Alex se tumbó a tierra justo a tiempo. Por encima de él, un abanico de fuego devastador invadió la noche, dispersándose por doquier las llamas, al reventar el cohete y el arma a la vez.

—¡Vamos, al helicóptero! —voceó en ese momento Dillard, lívido ante la muerte del fiel camarada brasileño, que había dado su vida por Alex, tal vez para pagar su deuda de horas antes, cuando Alex le salvó de aquel temible ofidio en la selva.

Los guerrilleros, al ver caer a su jefe en la incendiada motocicleta, se batían en retirada. Los comandos americanos, con sus rescatados, y con la ayuda inestimable de Yolanda, que se batía como un bravo, alcanzaron el claro, subiendo a uno de los potentes helicópteros allí situados.

Alex, tras una mirada patética a los restos pulverizados de su amigo Correia, echó a correr hacia donde estaban sus camaradas, dominando sus sentimientos de dolor y de rabia.

Cuando alcanzó el helicóptero, bajo un tiroteo tímido y confuso de los escasos supervivientes del asalto, volvió la cabeza, demudado. Dirigió una última ojeada a lo poco que quedaba en tierra, humeante y disperso, de Bruno Correia.

—Adiós para siempre, camarada —musitó—. Nunca olvidaré tu sacrificio, noble amigo.

Se dispuso a sentarse ante los mandos del aparato. De nuevo su

mirada fue hacia la espesa jungla, en los límites mismos del campo de prisioneros. Vio moverse la espesura en un punto. Una sombra, aparentemente humana, le pareció visible por un fugaz instante, a la luz de las llamaradas que lo envolvían todo…

Parpadeó, estupefacto. Cuando centró mejor su mirada en aquel punto, ya no vio nada. Se preguntó, incluso, si había llegado a ver algo o a alguien. O era simplemente su imaginación. Pero, como antes durante su viaje por la jungla costaplatense, tuvo la extraña impresión de que era observado, vigilado por alguien.

Aquello no tenía sentido, pensó poniendo en marcha el helicóptero. Y lo apartó de su mente, logrando elevar el aparato con el poderoso impulso de su sistema helicoidal. Verticalmente, el helicóptero se elevó por encima del campo de prisioneros.

Los disparos de los guerrilleros les perseguían inútilmente, silbando lejos del fuselaje del potente helicóptero de combate. Atrás, respondieron a esos disparos las armas de Yolanda, Dillard, el senador y el coronel.

—Podrían perseguirnos en ese otro helicóptero —señaló roncamente Alex—. Trataremos de evitarlo.

Y sobrevolando el mismo, le apuntó con las ametralladoras de a bordo. Las hizo tabletear despiadadamente sobre el aparato posado en tierra, justo hacia su depósito de combustible.

Cuando lo alcanzó, una tremenda explosión convirtió el otro helicóptero en una bola de fuego. Los guerrilleros que habían pretendido alcanzarle para iniciar la persecución, saltaron en pedazos junto con el metal del aparato. Los demás, corrieron a protegerse de las llamas y la metralla, despavoridos.

Definitivamente, el helicóptero de combate se elevó por encima de la selva tropical, zumbando ruidosamente. Alex lo conducía con mano de hierro, pero sus ojos estaban húmedos, pensando en Bruno Correia, el fiel camarada a quien dejaban abajo para siempre.

El infierno quedó atrás, perdido tras el impenetrable muro verde de la jungla costaplatense. Emprendieron el vuelo hacia la capital, Punta Caimán, con sus tres prisioneros rescatados a bordo.

—Misión cumplida, Alex —murmuró Dillard—. Ha sido a un doloroso precio… pero cumplida, al fin y al cabo. Correia no dio su vida por nada.

—Supongo que no —dijo Alex entre dientes, apretando los

labios—. Gracias por todo, Yolanda. Sin ti, nada de esto hubiera sido posible.

—Y de no ser por ti, yo estaría muerta ahora —sonrió la guerrillera—. Vaya lo uno por lo otro, Alex. Por cierto, aún no sé tu nombre completo. ¿Cuál es, camarada?

—Alexander Crabbe —respondió él con tono sordo—. Pero me gusta más ser, simplemente, Alex…

* * *

—Mi más sincera enhorabuena, Crabbe. Ha sido una gesta, una auténtica hazaña la suya.

—La mía no, señor. La de todos nosotros. Incluido Bruno Correia.

—Oh, por supuesto, por supuesto. De todos. Incluido el pobre Bruno… e incluso esa chica que nos ha traído, Yolanda Duarte…

—Ella espera ser repatriada en cualquier momento a su país. El presidente Valdés Medina está a punto de caer. El ex gobernador Coronado será sin duda el próximo presidente, apoyado por el coronel Fuentes Velasco. Entonces deseará volver a su país, pero no antes. Mientras gobierne Valdés Medina, no quiere quedarse en Costa Plata, señor.

—Está bien. Siendo usted su fiador y habida cuenta del papel desempeñado por esa valerosa joven en el rescate de los prisioneros, no habrá problema en que permanezca durante un tiempo en los Estados Unidos, como refugiada política. A usted pienso proponerle para una medalla al mérito por acción y por su…

—No, no, señor Yuder —rechazó vivamente Alex—. No quiero medallas ni condecoraciones, nunca he creído en ellas. Me basta con la satisfacción del deber cumplido. En todo caso, proponga una, a título póstumo, para Bruno Correia. El sí la mereció, señor.

—Lo estudiaremos, Crabbe —prometió Malcolm Yuder, jefe de personal especializado de la American International Special Agency de los Estados Unidos, más conocida por sus siglas
A. I. S. A.,
organización a la que pertenecía Alexandre Crabbe como agente activo en cualquier parte del mundo donde fuera necesaria su presencia.

Se estrecharon ambos la mano cordialmente, antes de que

Crabbe iniciara su marcha hacia la salida del amplio despacho que Yuder ocupaba en el cuartel general de la
A. I. S. A.
en Washington, D. C.

—Y ahora, imagino, a ver a su esposa —dijo Yuder, sonriente—. Y a su hija.

—Exactamente, señor —respondió Alex, gravemente—. Estoy ansiando ver a Megan y a Jamie. Me ocurre siempre que regreso de alguna misión.

—Es completamente natural, muchacho —suspiró el hombre de cabello blanco, rostro apacible y mirada penetrante a quien tenía Alex por jefe directo dentro de la organización—. Aparte de tener una familia maravillosa, pocos hombres tienen la suerte de haberse casado con una mujer tan hermosa, tan inteligente y sensible como Megan. Y por si ello fuera poco, tener una hija tan encantadora como Jamie. Le felicito sinceramente, Crabbe. No sólo por su probado valor en el trabajo, sino por su vida familiar, digna de envidia. Y se lo dice un hombre que tiene una dulce esposa y cuatro hijos estupendos.

—Es muy amable, señor Yuder —sonrió Alex ya en la puerta—. Le diré todo eso a mi mujer en cuanto llegue a casa. Seguro que va a hacer usted que se sienta profundamente halagada, señor. Jamie es otra cosa, porque a sus ocho años no creo que el halago sea todavía una de sus debilidades… Pero todo puede ocurrir. Hoy en día los niños crecen rápidamente, convirtiéndose pronto en adultos.

Yuder rió suavemente, de buen humor, mientras su subordinado abandonaba la oficina, alejándose por los largos corredores del edificio de la Organización. Poco más tarde subía a su coche, partiendo a través de Pennsylvania Avenue a toda velocidad, rumbo a su casa.

Alexander Crabbe, más conocido entre sus compañeros como Alex, simplemente, tenía su residencia en una buena zona de Washington, justamente a espaldas del Capitolio, entre Massachusetts y Maryland Avenue, en las proximidades de Stanton Park y no lejos del Museo de Arte Africano. Hacia allá enfiló su deportivo Porsche rojo, más propio de un rico *playboy* que de un agente de la
A. I. S. A.

Pero en realidad, de cara a todo el mundo, Alexander Crabbe era justamente eso: un hombre adinerado, un deportista sin otra ocupación que viajar, participar en concursos de culturismo, practicar regatas o esquiar en competiciones oficiales, cuando no aparecer en las páginas sociales junto a su esposa e hija, como invitados de honor en mil y una recepciones. En suma, un hombre entregado a su familia, su vida social y deportiva, su cuidado físico y poca cosa más.

Lo que ignoraba la gente es que, tras esa fachada trivial, llena de superficiales connotaciones, existiera un hombre de acción, un héroe anónimo, cuyas facultades físicas —curiosamente complementadas en su caso por una aguda inteligencia—, estaban al servicio no de la holganza o la vida mundana, sino de su propia patria, como agente de élite en una organización secreta del Gobierno, encargada de proteger los intereses norteamericanos en cualquier parte del mundo.

Esa actividad oculta de Alexander Crabbe, nadie la conocía salvo sus íntimos. Y, naturalmente, su propia esposa. Pero no su hija, desconocedora aún de la doble personalidad de su padre.

Mientras rodaba por Maryland Avenue, dejando atrás el edificio de la Suprema Corte y la Biblioteca del Congreso, Alex sólo pensaba en su familia. En su amada Megan, con quien llevaba ya nueve años casado, y en su querida hija Jamie, que acababa de cumplir sus ocho años y era toda una encantadora criatura, capaz de hacer sentir orgulloso a su padre. No veía el momento de reunirse con ambas. Ellas ocupaban todos sus recuerdos cuando estaban en alguna de sus peligrosas misiones. Y la desarrollada días atrás en Costa Plata, en Centroamérica, no había sido una excepción.

Sabía que pudo haber muerto, no haber regresado jamás de allí. De no ser por el sacrificio de Bruno o por la colaboración inesperada de la guerrillera Yolanda Duarte, tal vez hubiera sido así, y ahora no estaría de vuelta en casa. Por eso no le gustaba que sus jefes le calificasen de héroe. Héroes eran todos ellos, hasta el más anónimo. Sólo que no todos tenían la misma fortuna a la hora de recoger el premio a su esfuerzo.

Dejó de pensar en todo eso. Frunció el ceño, al enfilar A Street, a cuyo final se alzaba su vivienda. Allá, en la distancia, varios coches de la policía hacían parpadear sus luces en el atardecer, sobre la

capota. A su lado, una ambulancia parecía esperar algo.

Aceleró la marcha, presa repentinamente de una rara intuición. Todo eso sucedía cerca de su casa. Demasiado cerca, pensó. Y al aproximarse, confirmó esa impresión. Los coches policiales y la ambulancia estaban justo delante de su casa.

Frenó el Porsche, saltando de él sin abrir la portezuela. Su figura musculosa, atlética, gigantesca, voló sobre el asfalto, cruzando la calzada. Un par de agentes uniformados le detuvieron en su carrera.

—No se puede pasar, señor —dijo uno—. Apártese.

—¡Soy Alexander Crabbe, el dueño de esa casa! —rugió él—. Déjeme paso. ¿Qué es lo que ocurre?

—Oh, lo siento, señor Crabbe… —El policía tragó saliva, mirando angustiado a su compañero, como pidiendo alguna clase de ayuda—. Yo… nosotros…

Alex dejó de preguntar. Sus ojos acerados se clavaron en la entrada de la casa. Dos enfermeros descendían por la escalerilla de entrada, llevando consigo una camilla con alguien en ella. Una sábana cubría totalmente el cuerpo.

El corazón de Alex dio un vuelco. Sintió latir aceleradamente sus sienes. Y un extraño sudor frío mojó sus manos crispadas.

Echó a correr hacia los enfermeros sin que nadie le detuviese. Se paró junto a ellos, jadeante. Les miró. Ellos seguían indiferentes su marcha. Alex les paró con energía. Luego, alzó la sábana, presa de un atroz presentimiento.

El presentimiento se hizo realidad. Sufrió una convulsión. Su cuerpo se agitó, como si una descarga eléctrica sacudiera sus potentes músculos. El rostro se tornó lívido bajo el tinte broncíneo habitual en él.

Estaba contemplando el rostro de su esposa Megan. El hermoso rostro de su mujer bajo la sábana.

Y estaba muerta.

CAPÍTULO IV

DOBLE TRAGEDIA

—¡Muerta! ¡No es posible!

El rugido de Alex sacudió a todos como un mazazo. Su voz era desgarradora, casi inhumana, como el grito de una bestia herida, capaz de conmover a cualquiera.

—Cálmese, señor —rogó un policía—. Debe serenarse…

El agente casi voló, materialmente desplazado por una simple sacudida de Alex, al sentirse tocado. Los demás le miraron en medio de un respetuoso mutismo.

—¡Mi hija! —aulló Alex—. ¿Dónde está Jamie, mi hija? ¿Qué ha sucedido aquí?

Corrió al interior de la casa como desesperado. Pudo ver habitaciones vacías, desorden, hombres uniformados en varios lugares, tres individuos de paisano tomando fotografías, medidas, huellas… Se paró, estremecido, en medio del salón, temblando de pies a cabeza, tras comprobar que no había más que policías en el interior de la casa.

—Mi hija… —repitió sordamente—. ¿Dónde está ella? ¿Qué le sucede?

—Lo sentimos, señor —habló un policía de paisano—. No debe temer por ella. Simplemente, se la llevaron.

—¿Se la llevaron? ¿Quién se la llevó? —Los ojos se clavaron en el que hablaba, provocándole un estremecimiento.

—Ellos. Los asesinos, señor Crabbe —fue la terrible respuesta.

Alex se puso rígido. Sus puños se cerraron rabiosamente. El rostro era una metálica máscara de odio, de rabia, de furia

desencadenada.

—Asesinos… —repitió—. ¿Qué significa eso?

—Mataron a la señora Crabbe, a su esposa. La asesinaron, sí… —El policía tragó saliva—. Y raptaron a la niña. Eso significa que no piensan matarla, puesto que lo hubieran hecho ya, de ser éste su propósito… Hay indicios de ese secuestro. La pequeña se resistió, se la llevaron a viva fuerza…

—¡Basta! —rugió Alex, descargando tal puñetazo en el muro, que hundió éste en un amplio espacio—. ¿Quién mató a mi esposa? ¿Por qué?

—No lo sabemos aún, señor Crabbe. Estamos investigando. Hubo una llamada anónima, acudimos aquí… y nos encontramos con el cuerpo de su esposa, tendido en este salón. La mataron con un arma de fuego. Pero nadie oyó disparos, debieron usar silenciador… Tenía dos balazos en el corazón. Debió morir instantáneamente…

Crabbe encajó las mandíbulas. El crujido de éstas asustó a los policías. Le miraron como temiendo que, de repente, pulverizase toda la casa a puñetazo limpio.

—Por el amor de Dios, señor Crabbe, trate de calmarse… —rogó otro.

—¿Calmarme? ¿Se calmaría usted en mi lugar? —Tras una mirada alrededor, con expresión alucinada, corrió a la salida de nuevo. La ambulancia iba a partir ya. Subió a ella de un salto, tras abrir la puerta trasera de un tirón violento. Se metió en el vehículo sanitario, junto a un asustado enfermero y el cuerpo cubierto de su mujer.

—Señor, no está permitido… —comenzó el enfermero. Pero se calló al tropezar con su fría mirada.

Alex volvió a descubrir el rostro de su mujer. Se inclinó, besándola los labios, la mejilla, la frente. Notó su piel helada. Cerró los ojos. Dos lágrimas resbalaron de sus párpados.

Luego, miró las heridas. Dos orificios sobre el corazón, dos manchas de sangre. Sintió un odio terrible, capaz de sacudir el mundo entero si era preciso. Supo que si tuviera ahora ante sí a los asesinos, los despedazaría entre sus manos sin piedad alguna.

—Megan… Megan, vida mía… —susurró sordamente, inclinando la cabeza, que apoyó en el pecho de ella—. ¿Por qué?

¿Por qué, Dios mío…?

La ambulancia, haciendo sonar su sirena, cruzaba la capital a toda velocidad. El enfermero, mudo, se limitaba a contemplar entre aterrorizado y compasivo a aquel gigante musculoso que parecía ahora tan tierno, tan débil…

* * *

El funeral de Megan había concluido.

Lentamente, se fueron retirando los presentes, de regreso a los vehículos estacionados en los senderos del amplio cementerio de Arlington donde fuera sepultada la bella y joven esposa de Alexander Crabbe, con honores dignos de la esposa de un Presidente… precisamente por expreso deseo del propio mandatario de la Casa Blanca, en reconocimiento a los méritos personales de su marido, prestando servicio a su país.

Un Alex Crabbe sombrío, de facciones endurecidas y ojos secos y helados, se reunió con su mejor amigo, Orson Dillard, de regreso a su casa. Antes, amigos y jefes le dieron su condolencia. Malcolm Yuder, de
A. I. S. A.,
fue el último en hacerlo con un fuerte apretón de manos y con un gesto elocuente.

—Animo, Alex —le animó en voz baja—. Estamos haciendo lo imposible por dar con los culpables. Y con su hija Jamie, por supuesto.

—¿Nadie ha establecido contacto para pedir rescate o algo parecido? —Fue la lúgubre pregunta de Alex.

—No, nadie aún. Pero seguramente lo harán en su momento. Paciencia. Todo está a punto para localizar esa llamada, para adoptar las medidas necesarias.

—No hagan nada sin avisarme previamente a mí, Yuder —dijo con dureza Alex—. Deseo ser informado de todo. Y ocuparme del asunto, a ser posible.

—Dudo que sea posible. Esto no es la jungla. Ni un país extranjero, Alex. No podemos intervenir nosotros, ni oficialmente ni extraoficialmente. Para eso está el FBI, que se ocupa del caso. Pero le prometo tenerle informado de todo, esté tranquilo.

El coche de Yuder se alejó. Alex y Dillard ocuparon su coche,

partiendo hacia A Street. Durante el viaje, el sombrío silencio de Alex se mantuvo inmutable. Su camarada le miraba de vez en cuando, pensativo, sin atinar a romper aquel mutismo.

—Creo que Jamie está bien —dijo de pronto Dillard—. De otro modo, no se hubieran molestado en secuestrarla.

Las mandíbulas de Alex se marcaron bajo la tensa piel. Sus poderosas manos se aferraban al volante, que parecía a punto de saltar en pedazos bajo sus dedos.

—Pero ¿por qué lo hicieron? —jadeó Alex—. ¿Por qué, Orson? Es una niña…

—¿Quién puede saberlo? Tal vez esperen ese rescate, no sé.

—¿Y si formara todo parte de una venganza?

—¿Una venganza? —se sorprendió Dillard.

—Sí. Alguien que supiera cuáles son mis verdaderas actividades… y hubiera querido tomarse la revancha de algo que pude haberle causado yo.

—Cabe en lo posible, pero no creo que nadie en Washington sepa tu doble personalidad. Para todos eres sólo un rico deportista, Alex.

—Tal vez para alguien no sea sólo eso… —meditó ceñudo Alex.

Detuvo el coche ante la casa. Cuando entró en ella, Dillard le acompañaba. Todo estaba como lo dejara la policía tras revisar minuciosamente la vivienda. Desorden por doquier. No sólo habían asesinado brutalmente a Megan, sino que lo derribaron todo, desgajando muebles, colchones, reventaron cerraduras, lo dispersaron todo por doquier, sin miramientos. Dillard estudió el aspecto de la vivienda con perplejidad.

—Es como si hubieran estado buscando algo, Alex —murmuró.

El asintió con la cabeza, hosca la mirada, apretados los enormes puños.

—Sí, pero ¿qué? Megan no se mezclaba para nada en mis asuntos. Yo nunca he guardado nada especial en mi casa. Este registro carece de sentido…

—Para ti, tal vez. Para ellos, es evidente que no. Quizás se equivocaron de persona, no sé. Pero ¿por qué matar a Megan, por qué llevarse a la niña?

Alex se encogió de hombros sin responder. Era obvio que también a él le hubiera gustado poder responder a esas preguntas.

—Espérame, Orson —pidió roncamente—. Voy a recoger algunas cosas. No me quedaré aquí, de momento. No podría soportarlo.

—Claro que no. No busques ningún hotel. Ven a mi casa —ofreció Dillard.

Alex asintió, sin decir nada. Minutos más tarde, ambos salían de la casa, llevando el dueño de la misma un pequeño maletín con lo indispensable. Al cruzar la zona ajardinada de la vivienda, se detuvo. Ante él, un niño de unos diez años estaba parado, con mirada pensativa, algo triste.

Alex le conocía superficialmente. Era Oliver, un pequeño vecino, amiguito de su hija Jamie. Le miró, alargándole una de sus enormes manos, para acariciar dulcemente la cabeza del niño.

—Hola, Oliver —saludó—. Jamie no está ahora.

—Lo sé —afirmó tristemente el niño—. La vi salir.

Alex se puso rígido. Sus ojos se entornaron, clavándose en el pequeño vecino.

—¿Que tú… qué? —preguntó, tensa la voz, tensos sus nervios.

—La vi salir con aquellos hombres —repitió Oliver—. Iba llorando, muy asustada. Yo también me asusté. Pero mis papás no estaban en casa. No supe qué hacer…

—Hijo, ven aquí —rápido, Alex le tomó por una mano, llevándole hasta el umbral de la casa—. Cuéntame eso. ¿Cuándo viste a Jamie con esos hombres?

—Ayer, poco antes de que vinieran las ambulancias, los coches de la policía… —Miró a Alex con sus grandes ojos inocentes—. Nadie me ha preguntado nada, no han querido escucharme cuando quise decírselo a mis padres, a un policía…

—Yo sí te escucho, hijo. Cuéntamelo a mí —la voz de Alex tuvo un leve temblor—. ¿Quiénes eran esos hombres, cómo eran?

—Nunca los había visto antes de ahora, señor. Uno 45 era de raza negra, muy fuerte, muy bien vestido. Llevaba traje casi blanco. El otro era rubio, muy rubio. Tanto, que su pelo parecía canoso. Llevaba grandes gafas oscuras…

—Albino —señaló Dillard roncamente—. ¿Es eso, muchacho?

—Sí, creo que les llaman albinos —admitió el niño—. Los dos llevaban a Jamie casi a la fuerza. La metieron en el gran coche negro. Y se alejaron muy deprisa.

—¿Qué clase de coche negro era? ¿Podrías describirlo?

—Claro. Era de esos muy largos, con cristales oscuros, de los que no dejan ver el interior. Negro, reluciente. Salen algunos en la televisión, cuando en las películas aparecen pistoleros… gangsters, ¿sabe?

—La mafia —señaló ahora Dillard, cambiando una mirada con Crabbe.

—¿Pudiste ver la matrícula, hijo? —preguntó Alex con avidez.

—No, señor. Todo ocurrió muy deprisa. Pero no era una placa de Maryland. Ni del Distrito Federal. Era de esas que ponen Empire State…

—¡Nueva York! —recitó rápido Dillard—. ¿Estás seguro?

—Sí, de eso sí. Pero no vi el número, no tuve tiempo, se lo aseguro.

—Y te creo, hijo —suspiró Alex tiernamente—. ¿Es todo lo que recuerdas?

—Todo, señor. Jamie parecía muy asustada. Pero ellos no la maltrataban. Sólo tiraban de ella con fuerza, la iban hablando algo… Jamie lloraba mucho, eso sí.

Las mandíbulas de Alex eran como las fauces de un caimán, abriéndose y cerrándose. Sólo le faltaba la presa para triturarla.

—¿Recuerdas hacia dónde fueron?

—Sí, señor —la mano del niño señaló—. Hacia allí. Desaparecieron por la esquina de la Calle Sexta, hacia el sur…

—El sur… —repitió Dillard—. Ésa no es, precisamente, la dirección de Nueva York…

—Aquí hay coches de todos los estados del país —cortó Alex—. No tienen que proceder necesariamente de Nueva York, Orson. ¿Crees que con esos datos podríamos buscar algo concreto?

—Pienso que sí. No abundarán los secuestradores y asesinos entre los que se cuenten un negro con afición a trajes blancos y un albino con gafas oscuras, supongo.

—El coche da a entender que pertenecen a alguna rama mafiosa o similar —apuntó Alex, pensativo—. Eso también podría sernos de alguna ayuda, Orson.

Dio las gracias al niño, que se alejó satisfecho de que alguien le hubiera escuchado por fin. Los dos amigos se miraron en silencio unos momentos.

—¿Piensas avisar de esto a la policía o al FBI? —indagó Dillard.

—No —negó rotundo Alex—. Pienso investigarlo por mi cuenta. ¿Me vas a ayudar?

—Por supuesto —asintió Dillard—. Como si estuviéramos en acción oficial, Alex. Somos camaradas, ¿no? Lo somos en todo. Me ocuparé enseguida de averiguar quiénes son esos hombres. Tengo un amigo de confianza en el FBI y otro en Tráfico.

—Tú tienes amigos en todas partes —casi llegó a sonreír la faz hermética y ensombrecida de Alex—. Esperaré tus informes. Yo, entre tanto, buscaré por otros conductos. Es preciso que demos con esa gente, esté donde esté.

—Pueden ser tipos peligrosos —señaló Dillard.

—¿Y qué? Nosotros también lo somos —habló fríamente Alex.

* * *

—Ya los tenemos. Ésos son los datos.

Orson Dillard manipuló su ordenador. En pantalla, aparecieron poco a poco las líneas de información que buscaban, a medida que Dillard pulsaba el teclado:

> Targa Zoran. 32 años. Raza negra. Convicto de asesinato en tres ocasiones. Evadido de penitenciaría estatal. Muy peligroso.
>
> Maxwell Carr. 30 años. Albino. Suele usar gafas oscuras. Pistolero profesional. Asesino a sueldo del Sindicato del Crimen durante varios años. Nunca se le probaron sus crímenes. Sumamente peligroso.

Alex Crabbe no dijo nada. Dillard siguió pulsando teclas en el ordenador.

En pantalla se borró la información sobre los dos delincuentes. Aparecieron nuevas líneas de trazado electrónico:

> Stavros Drax. 48 años. Greco-alemán. Ex traficante de armas y estupefacientes. Mezclado en asuntos de espionaje. Saboteador en diversos países europeos y

sudamericanos. Asociado a la Mafia en la rama del juego y la extorsión. Mezclado también en trata de blancas.

—¿Por qué ése? —indagó Alex.

—Por dos razones en especial: tiene un coche negro, largo, de vidrios oscuros, matriculado en Nueva York —explicó Dillar pacientemente—. Y estate atento a esto último que nos reporta el ordenador.

Nuevas líneas de información en pantalla:

Últimamente, Stavros Drax ha sido visto con dos guardaespaldas muy especiales:

Targa Zoran y Maxwell Carr. Se ignoran datos sobre sus últimas actividades o su relación con los dos citados.

Suspiró Dillard, echándose atrás en el asiento. Miró a su amigo, que parecía fascinado por las letras en pantalla.

—Si quieres, también poseo la matrícula del coche de Stavros Drax, pero eso no nos sirve de mucho, porque el niño no recuerda cuál era. Puede sernos útil en otro sentido, pero no para confirmar que fuese el coche que estuvo allí ese día, Alex.

—¿Cómo obtuviste esa información? —quiso saber Alex.

—A través de mis buenas relaciones oficiales —sonrió Orson, irónico—. ¿Y ahora qué piensas hacer?

—Localizar a esos tres. Y sacarles la verdad como sea.

—Ten cuidado. Si son ellos, tienen en su poder a Jamie. Es su ventaja sobre nosotros.

—Lo sé. Me pides que obre con cautela, ¿no?

—No tienes otro remedio, amigo mío —suspiró Dillard—. ¿Quieres saber su paradero actual?

—Bueno, veremos si nos facilita esa información el banco de datos transmitido por mis amigos a través de su terminal… —Dillard volvió a teclear en el ordenador.

Poco después, aparecía la información solicitada en la pantalla magnética:

Stavros Drax tiene un club nocturno en Washington, llamado Riverside, junto al río Potomac, en Whitehurst Freeway.

> Paradero de Targa Zora y Maxwell Carr, desconocido últimamente. Los datos computados más recientemente, señalan su presencia en Nueva York, Washington y Miami. Domicilio desconocido.

—El club Riverside… —citó Alex entornando sus ojos amenazadoramente—. Al menos, ya sabemos algo. Vamos allá, Dillard. Esta noche haremos una visita a ese lugar…

Y el brillo de sus pupilas no hacía presagiar nada bueno para el club o para su dueño.

CAPÍTULO V

EXTERMINIO

Era un local como tantos otros, de Washington, de Nueva York o de cualquier otro lugar del mundo. Luces parpadeantes en la entrada, un portero con lujosa librea, un acceso cuidadosamente alfombrado, con toldo hasta la entrada, y dentro música ruidosa, luces indirectas, zonas de penumbra, mucha gente en la barra o en las mesas, y una actuación en vivo en la pista, normalmente algo subida de tono, sobre todo a partir de la medianoche.

Cuando Alex Crabbe y Orson Dillard entraron en el club Riverside, una muchacha semidesnuda jugaba con un enorme reptil en la pista, enroscado a ella, haciendo lúbricos contoneos la artista, mientras el ofidio se deslizaba morbosamente entre sus blancos muslos o reptaba en torno a sus generosos pechos desnudos.

La gente contenía el aliento ante el espectáculo, aderezado por una música sensual, lánguida, electrizante, sobre todo para ciertos caballeros maduros que buscaban la oscuridad con parejas demasiado jóvenes para ellos. Sus respiraciones sonaban entrecortadas en la sombra, y no siempre a causa de la emoción del espectáculo, sino por otras emociones más directas que les proporcionaban sus parejitas, aprovechando la oscuridad.

Un par de damiselas de grandes curvas asaltaron virtualmente a los dos hombres cuando cruzaban la sala. Una de ellas acarició los formidables bíceps de Alex bajo su apretada chaqueta. Poniendo los ojos en blanco, la dama comentó:

—¡Qué tipo! Como todo lo tengas así, darás muchas satisfacciones a las mujeres, guapetón. ¿Qué tal si me dejas

comprobarlo en una mesa discreta, cariño?

Por lo que se veía, el Riverside no entraba en el apartado de los clubs refinados o elegantes de la ciudad. Alex rechazó a la fulana con gesto hosco.

—Otro día, encanto. Hoy no tengo ganas de jugar.

—Bueno, allá tú —y al ver que Dillar también rechazaba a su amiga, comentó cáustica—: A lo mejor te gustan otras cosas menos femeninas… Tiene que haber de todo.

Los dos amigos siguieron adelante, libres de acechanzas femeninas. Dillard rió entre dientes.

—Ésas nos han tomado por maricas, Alex —comentó.

—Allá ellas. —Crabbe se encogió de hombros, mirando en torno —. Creo que aquí, a lo que menos viene la gente es a ver el *show*…

—Sí, eso parece —comentó Dillard, apartando su mirada de una arrinconada mesa donde un tipo de más de sesenta años tenía la cabeza rubia de una chica entre sus piernas, bajo la mesa—. Esto es un burdel, Alex, por mucho que lo quieran disimular con nombres rimbombantes. Y esa fulana de la serpiente no hace sino ayudar a la clientela a ponerse en forma…

Un camarero acudió solícito, ofreciéndoles una mesa en cierta zona del club, donde pudieron ver sentados a hombres con hombres, muchos de ellos maduros y respetables, en compañía de jovencitos amanerados, de cabello teñido y modales ambiguos.

Alex le fulminó con una mirada al replicar sordamente:

—¿Por qué no se sienta usted entre ellos, amigo? Tiene aspecto de gustarle el mariconeo… Nosotros buscamos al patrón, ¿es que no tiene vista?

—Oh, perdonen, perdonen… —Enrojeció el camarero, confuso. Señaló al fondo de la sala, a unas espesas cortinas rojas—. Por allí, señor.

Sin darle las gracias, Alex echó a andar hacia las cortinas. Señaló a Dillard en voz baja:

—Tú quédate aquí, junto al cortinaje. Iré yo solo.

—Alex, cuidado. Podrías necesitarme ahí dentro… —Silabeó.

—Te necesito más aquí, por lo que pueda suceder, Orson. No te muevas y espera.

Penetró entre las cortinas rápidamente. Se encontró en un largo corredor que circundaba la pista exterior, hasta terminar en una

escalera angosta que subía hacia un altillo. Vio un rótulo significativo:

Prohibido el paso a personas ajenas al personal de servicio.

Su rostro era una máscara metálica de inexpresividad, sangre fría, odio y tensión, todo en una pieza. Su cuerpo, bajo el *smoking*, era un macizo manojo de músculos y tendones, a punto de estallar en una irrefrenable apoteosis de violencia.

Subió los escalones. Llamó a la puerta que había al final de los mismos.

—Adelante —invitó una voz hosca, poco amistosa.

Crabbe accionó el tirador, abriendo la puerta. Entró sin vacilaciones.

Se encontró en un amplio despacho con mobiliario antiguo, caja fuerte empotrada y luz cruda, colgada del techo. Ante él, un hombre en mangas de camisa, recio y velludo, ocupaba un asiento tras la mesa despacho. Apoyados en un muro, tres hombres fumaban cigarros habanos grandes y caros, mientras sobre la mesa se hacinaban varios fajos de billetes de cien dólares.

Los cuatro se quedaron estupefactos al verle. Era obvio que lo que menos esperaban era ver a alguien como él.

—¿Qué diablos…? —comenzó el de la mesa, incorporándose de un salto—. ¿Quién es usted, qué hace aquí? Creí que era Milton, un empleado mío… ¡Salga enseguida de este despacho o lo lamentará!

—Busco a Stavros Drax —habló duramente Alex, sin conmoverse, erguido en medio del despacho, bajo la mirada hostil de los cuatro hombres.

—Stavros no está aquí. Rara vez está, amigo. Ahora, lárguese con viento fresco.

—¿Quién es usted, entonces? —quiso saber Alex.

—¿Y qué diablos le importa eso? Me llamo Kiel, si eso le preocupa, y trabajo para Stavros como gerente de ese club. Y ahora, si no se larga, tendremos que echarle…

—Me gustaría verlo —rió duramente Crabbe.

El llamado Kiel hizo un gesto a los tres individuos de los cigarros. Éstos dejaron de fumar en el acto. Dos de ellos llevaron sus manos bajo las americanas, en un gesto elocuente. El tercero extrajo del bolsillo una navaja automática que chascó con acritud al vomitar una puntiaguda lengua de acero.

Alex permaneció tranquilo. Pero un segundo después, cuando dos pistolas con silenciador salían a la luz, sus músculos entraron en acción. Brazos, piernas, el cuerpo todo del gigantesco atleta, funcionaron con matemática precisión y armonía.

El de la navaja, que avanzaba hacia él con ánimo de pegarle un «pinchazo», recibió el primer impacto de aquellos puños como mazos. Voló por los aires, tras un crujido de huesos, yendo a aterrizar sobre la mesa llena de billetes, que desgajó bajo su peso.

Los otros dos, pistola en mano, vieron venir hacia ellos una especie de huracán devastador que no necesitaba armas para enfrentarse a sus automáticas silenciosas.

Les alzó en vilo con cada una de sus manos, estrellándoles violentamente contra el muro. Sus cráneos crujieron lastimosamente, pusieron la mirada en blanco y se desplomaron como peleles inarticulados. El llamado Kiel, al ver la facilidad con que el poderoso visitante se libraba de sus servidores, alargó la mano, pulsando frenético un botón situado bajo su destrozada mesa, a la vez que abría un cajón para extraer un formidable revólver Magnum que allí conservaba.

El cajón se cerró violentamente sobre su mano, apresándola por la muñeca con tal fuerza, que el hombre exhaló un alarido de vivo dolor, palideciendo. Miró con ojos desorbitados a su adversario que, tras retenerle la mano allí dentro, la soltó al abrir el cajón, tiró el revólver a través de los vidrios de una angosta ventana asomada a algún patio interior y le alzó a él mismo en vilo, hasta tocar el techo con su cabeza. Luego, con una mano, le estrujó los testículos, hasta hacerle aullar retorciéndose en el aire como una lagartija, mortalmente lívido por el dolor insoportable de aquella presión.

—Escucha, bastardo —silabeó Alex—. Éste es un mensaje para Stavros, tu jefe. Dile de parte de Alex Crabbe que sé que tiene él en su poder a mi hija Jamie. Y que sus esbirros asesinaron a mi esposa Megan. Díselo así, o la próxima vez que nos veamos tú y yo, te aplastaré no sólo tus malditos e inútiles testículos, sino que te destrozaré el cráneo. Dile que si le causa el más mínimo daño a la pequeña, le arrancaré el pellejo a tiras. Y que exijo su devolución antes de doce horas, o todo va a arder por los cuatro costados. No olvides una sola palabra del mensaje, porque no me gustaría tener que escribirlo con tu sangre, sabandija asquerosa.

Tras decir esto, le arrojó violentamente contra la pared, donde rebotó, con expresión aturdida, se blanquearon sus ojos, boqueó, y terminó rodando junto a sus esbirros inconscientes.

Alex encendió un fósforo, arrojándolo sobre el montón de billetes, que comenzó a arder alegremente mientras él salía del despacho. Pero la llamada de Kiel al botón oculto en su mesa, había dado sus frutos.

Lo comprobó al salir al corredor semicircular, tras las cortinas de la sala. Le esperaban seis hombres nada menos. Tres, vestidos de camareros, pero forzudos como artistas de circo de la especialidad. Los otros tres, iban en mangas de camisa. Y además de eso, empuñaban armas de fuego provistas todas con silenciadores.

—Quieto ahí o es hombre muerto —silabeó uno de ellos apuntándole con el arma, en tanto los vigorosos camareros, sin duda los «gorilas» de Stavros y Kiel en su establecimiento, se aproximaban a él formando un cerco.

Justamente entonces, tras las cortinas de la sala, asomó Orson Dillard sumamente oportuno, con gesto risueño en su flaco rostro. Empuñaba una pequeña granada oval, de metal oscuro, que accionó sin perder tiempo, arrojándola a espaldas del sexteto.

Una formidable llamarada se levantó del suelo, con fuego fosforescente, expandiendo por el corredor una humareda de color púrpura, violentísima. Los seis hombres, sobresaltados, giraron sus cabezas al notar aquel silencioso resplandor.

Dillard había sustituido en su mano la granada recién arrojada por un arma de fuego sin silenciador, que escupió balas a mansalva sobre los hombres allí agrupados. No tiró a matar, porque la rociada de proyectiles de su pistola ametralladora silbó sobre las cabezas de todos ellos, produciendo en la pared una serie de impactos, mientras el estruendo conmovía la sala, ahogando el ruido de la música. Comenzaron a oírse gritos de espanto en el local.

—¿Qué diablos significa…? —comentó uno de los esbirros de Kiel, desconcertado.

Alex había entrado en acción ya a esas horas. Su enorme masa de músculos se precipitó sobre el sexteto sin perder tiempo. Comenzaron a volar hombres por los aires, proyectados contra los muros por aquellas manos implacables que parecían tener dedos de acero. Aferró a dos de los individuos, haciendo entrechocar sus

cabezas. Tras un ruido como de cocos rotos, los soltó, fláccidos, sobre el pavimento.

En menos de cinco minutos, los seis individuos yacían en tierra inmóviles, el fuego fosforescente se extinguía, pero la confusión y el pánico seguían reinando en el club nocturno, donde todo el mundo, tras el tiroteo, pugnaba por abandonar el local a toda costa.

—Vámonos, Orson —dijo calmosamente Alex—. El mensaje está dado. Ahora, esperemos su respuesta…

Salieron del local abriéndose paso entre el tropel de gente asustada. Muchas de las mujeres que escapaban de allí a toda prisa, ni siquiera habían tenido tiempo de abrocharse la ropa sobre el pecho o de subirse las bragas…

Cuando estuvieron al aire libre, junto al río Potomac y su brisa fresca y húmeda, Alex Crabbe y Dillard caminaron sin prisa hacia el centro de Washington.

—¿Crees que conseguirás algo? —dudó Dillard.

—Sí —sonrió duramente Crabbe—. Que alguien se ponga nervioso.

—Podrían ponerse furiosos, también. Y hacer daño a Jamie.

—Si piensan hacérselo, se lo harán de todos modos. Pero si piensan sacar algo a cambio de ella, seguirán con este juego, pero menos seguros que hasta ahora. Ya saben que estoy tras de su pista. Y que no soy solamente un alegre deportista cargado de dinero y de aburrimiento…

Ciertamente, ellos habían recogido el mensaje. Aquella noche sonó el teléfono en casa de Alex Crabbe. El había vuelto a su vivienda. Atendió la llamada.

—¿Quién es? —preguntó, tenso.

—Un amigo, Crabbe —dijo una helada voz ronca—. Recogí su mensaje. Y tengo una respuesta para usted.

—Dígala.

—Paciencia. Espere unos minutos. La recibirá de inmediato.

Colgaron. Alex Crabbe miró el teléfono, pensativo. Colgó también. Y luego, rápidamente, salió a todo correr de la casa, con una bolsa de lona oscura entre sus manos, precipitándose al jardín, por el que se deslizó agazapado, hasta los setos de la casa vecina.

Lo hizo muy a tiempo. Por una esquina apareció un automóvil cerrado, a toda velocidad. Era un deportivo de gran potencia, color

metálico. Al llegar ante la casa de Crabbe, lanzó algo sobre la misma. El objeto alcanzó la puerta, golpeándola.

De inmediato, una tremenda explosión tuvo lugar, el muro de la casa se derrumbó entero, mientras un fuego devastador se extendía al interior, prendiendo en muebles, cortinas y objetos con inusitada rapidez.

El coche se alejaba calle abajo tras arrojar aquella carga incendiaria, de alto poder explosivo, seguro de su éxito. Crabbe, tras el seto, había abierto su bolsa de lona, extrayendo un poderoso pero manejable lanzagranadas que apoyó en su hombro, fijando el punto de mira en la cola del deportivo color metal.

Disparó el gatillo sin que le temblara un solo músculo. El proyectil voló hacia el automóvil cuando éste iniciaba el giro en la siguiente esquina. Le pilló de lleno, entre la portezuela delantera y el asiento trasero. El impacto fue dantesco.

En pocos instantes el coche era una masa de fuego, metales retorcidos y trozos de cuerpos humanos calcinados. Volteó espectacularmente en el aire, antes de desplomarse sobre una valla publicitaria de la esquina, envuelto en llamas.

—Golpe por golpe —resopló Alex sordamente, bajando el lanzagranadas—. Ahora ya tenéis la respuesta a vuestra respuesta…

* * *

—Crabbe, no pienso tolerarlo. Esto no es una guerra particular suya, eligiendo como campo de batalla la ciudad de Washington.

Las palabras de Malcolm Yuder era duras, incisivas. El jefe de personal de la Organización estaba malhumorado, eso era evidente. Paseaba por su despacho de forma inquieta, nerviosa, mientras llenaba de reproches al hombre sentado frente a él.

—¿Quién se ha creído que es usted, Crabbe? —clamó airado, volviéndose hacia él—. El FBI me ha presentado su protesta. También un alto funcionario de la Casa Blanca. Y la policía local, por supuesto. En poco tiempo, usted ha asaltado un club nocturno, provocando una desbandada, hiriendo a varios empleados y causando el pánico. Luego, no satisfecho con eso, ha pulverizado un coche con tres ocupantes dentro, a los que es imposible identificar porque su trozo más grande es de unos cien gramos de peso. Su casa ha volado en pedazos y ha sido incendiada, con riesgo para otros

vecinos. Y usted usa un lanzagranadas en plena calle, como si esto fuera el Vietnam. ¿A qué está jugando, Crabbe, maldito sea?

—A rescatar a mi hija, señor. Y a descubrir quién asesinó a mi esposa —fue la helada respuesta.

—¡Para eso está la policía, el FBI, todos ellos! —rugió Yuder—. ¡No tolero que mi Agencia sea víctima de protestas, acusaciones y censuras oficiales! ¡Y usted forma parte de esta Agencia, no lo olvide!

—Señor Yuder, si ése es el problema, deme la baja. Presento mi dimisión irrevocable en su Agencia.

—Eso no es tan fácil, Crabbe, y usted lo sabe. Somos un cuerpo especial de élite.

—¿Y qué? ¿De qué sirve mi élite personal, si no puedo salvar a mi hija y vengar a mi esposa? ¿Debo tolerar que asesinen a mi familia y vuelen mi casa, sin defenderme siquiera?

—Eso no es defenderse. Es declarar una guerra. Mis informes confidenciales son de que volaron su casa en represaba por su visita al club Riverside.

—Y yo volé su coche, en represalia a la voladura de mi casa —dijo calmoso Alex.

—¡No podemos consentir que esto siga adelante! Será enviado a Europa, a Asia tal vez, en una misión especial. Saldrá de Washington hoy mismo. Es una orden.

—¿Irrevocable?

—Irrevocable, sí —sostuvo Yuder con energía.

—Muy bien —se puso en pie, tranquilo, frío, sereno—. ¿Cuándo recibiré instrucciones?

—Dentro de dos o tres horas. Se alojará en el hotel Embassy. No se mueva de allí bajo pretexto alguno. Le serán enviadas instrucciones precisas. Y más vale que las obedezca sin rechistar. Hay altas personalidades del gobierno que desean verle lo más lejos de Washington por el momento. Déjenos a nosotros el rescate de la niña, no tendrá que lamentarlo, Crabbe, amigo mío.

—Está bien —dijo Alex con rara conformidad—. Estaré en el Embassy. Pero no se demore, señor. O puede que no tenga demasiada paciencia para seguir esperando.

Salió de la oficina de la Agencia, mientras Yuder se disponía a mover sus hilos con rapidez. Poco después, Alex se alojaba en el

Embassy, disponiéndose a esperar instrucciones. Pero no a cumplirlas, ciertamente.

CAPÍTULO VI

EL RASTRO DE ANIQUILACION

Miró su reloj de pulsera.

Llevaba dos horas esperando en aquella habitación del hotel Embassy, en la mejor zona residencial de Washington. Yuder aún no había dado señales de vida.

Sin prisas, se desperezó en su butaca, contemplando la puerta de la habitación, al fondo del breve corredor que, desde el dormitorio, conducía a la salida. Tenía ante sí un pequeño televisor sobre su mesa rodante. Y un mando a distancia en el brazo del butacón, aunque no contemplaba programa alguno en la pantalla de 18 pulgadas.

—No puede tardar —pensó—. Yuder es puntual en sus métodos. La Organización siempre lo es. No sé adonde pensará enviarme. Pero yo no pienso ir a ninguna parte mientras Jamie esté en poder de esa gente. Ni tampoco mientras los asesinos de Megan no paguen sus culpas.

Siguió quieto, paciente, como si no tuviera nervios. Bajo aquella epidermis inescrutable, sin embargo, se agitaba toda una latente tormenta de pasiones, haciendo hormiguear músculos, tendones y nervios. El estallido era solo cuestión de tiempo. Y de circunstancias, claro.

Llamaron repentinamente a la puerta. Fue un suave golpeteo de nudillos. Alex Crabbe se irguió en su asiento. Como si se dispusiera a ver la televisión sin importarle quien llamase, tomó el mando a distancia. Dijo en voz alta:

—Ya le abro la puerta, un momento. Voy enseguida.

Batió apagadamente sus pies sobre la alfombra, como si diera unos pasos por la lujosa estancia del hotel. Luego, accionó un mando del control remoto que sostenía en su mano zurda, mientras la derecha se hundía tras el butacón, extrayendo algo…

La puerta se abrió automáticamente al pulsar Alex el mando. Anteriormente, un trabajo hábil en la cerradura había provisto a ésta de un sensor infrarrojo que podía accionarse mediante una pequeña manipulación en el control remoto.

Para el que estaba fuera, sin duda, era el propio Alex quien abría aquella puerta.

Inmediatamente, la hoja de madera voló por los aires, hecha pedazos. Y con ella, parte del muro, todo el marco, un cortinaje. El estruendo, el humo y el fuego invadieron el corredor y la estancia, tras la violenta voladura.

Pero por si ello fuera poco, desde el exterior llegó una rociada de balas, barriendo el hueco de la puerta. De haber estado allí Alex, el tableteo mortífero hubiera lanzado sobre él una lluvia de proyectiles, en el hipotético caso de sobrevivir a la explosión.

Alex Crabbe sonrió fieramente, sin moverse de su asiento. Una poderosa «Heckler y Koch», semiautomática, más propia para una guerra total que para una escaramuza en un hotel de lujo de la capital federal, abrió fuego desde sus manos, sobre los tiradores apostados al fondo del pasillo. Disparó a través del humo, rabiosamente, haciendo rugir la formidable arma.

Como monigotes de goma, varios individuos provistos de fusiles ametralladores automáticos empezaron en el pasillo una especie de bailoteo, entre grotesco y macabro, al empezar a ser convertidos en una auténtica criba por el arma de Crabbe, que seguía vomitando fuego y metal sin cesar.

Cuando la «Heckler y Koch» enmudeció, tres hombres yacían sin vida en la moqueta esponjosa, tiñéndola con su sangre, copiosamente derramada a través de docenas de orificios en su carne. Toda la planta del hotel era una completa algarabía en esos momentos.

Pero Alex no pensaba abandonar el establecimiento hotelero por la puerta principal. Ahora, tras la emboscada de que trataran de hacerle víctima, sabía que el brazo del adversario llegaba lejos, que le vigilaban y controlaban todos sus pasos.

Corrió al ventanal de su habitación, arma en ristre, saliendo al exterior. Bajo su amplia chaqueta de cuero, en esos momentos llevaba un auténtico arsenal: granadas de mano, una pistola automática calibre «45», un enorme cuchillo-machete e incluso un «Uzi» completo, en piezas separadas: cañón, culata y dos cargadores, repartido en diversos estuches sobre su cinturón de combate.

Asomó a la calle, disponiéndose a utilizar la escalera de incendios para bajar a la vía urbana trasera, adonde daba su habitación del hotel. Y entonces vio el coche.

Estaba aparcado abajo justo en la esquina desde donde se dominaba tanto esta calle posterior como la que daba a la fachada principal del edificio. Hubiera podido ser un coche cualquiera, una furgoneta de color rojo brillante, dedicada al reparto de mercancías.

Pero el hombre que estaba en pie junto a ella, lo cambiaba todo.

Era un negro alto, delgado, vestido impecablemente de blanco, con la mano sospechosamente oculta bajo su chaqueta. Parecía estar esperando algo.

Lo que no esperaba en modo alguno es que le cayera del cielo un hombre de más de dos metros de estatura y doscientas veinte libras de músculo puro y de huesos. Eso fue lo que sucedió.

Alex Crabbe se desplomó sobre el negro de blanco terno, derribándole violentamente contra la carrocería roja de la furgoneta. El afectado lanzó un grito ronco de alarma, extrayendo su pistola automática de dentro de la chaqueta. Llevaba silenciador. No llegó a utilizarla.

Alex le pegó tal golpe con su zurda en la diestra, que el arma voló lejos, mientras toda la mano del negro crujía como si la hubiera aplastado una apisonadora. El tipo aulló, retorciéndose de dolor, mientras dos individuos asomaban por la portezuela trasera de la furgoneta, fusil ametrallador en ristre.

Alex no tuvo piedad de ellos. Alzó su poderoso fusil, apretando el gatillo. Los estampidos llenaron la calle como si estallara la Tercera Guerra Mundial. Los dos esbirros del negro, pulverizados por los impactos de aquel arma, saltaron atrás, con el pecho y el cuello virtualmente reventados.

—¡Arriba! —rugió Alex, metiendo de un empellón al negro en la cabina delantera de la furgoneta—. ¡Nos vamos de aquí, maldito

betún asqueroso!

Le hundió en el asiento, subiendo él al volante. Arrancó, emprendiendo veloz marcha con el negro junto a él, trémulo de horror. El vehículo dobló la esquina, haciendo maullar los neumáticos e inclinándose peligrosamente. Se alejó en medio del tráfico washingtoniano, mientras numerosos coches de policía confluían ante el Embassy.

—Y ahora vamos a tener una larga charla tú y yo, sucio bastardo —silabeó Alex, conduciendo con una sola mano, mientras con la otra hincaba el cañón de su fusil «Heckler» en el costado del aterrorizado negro.

—No, no me mate —rogó éste—. No tengo culpa de nada, no sé de qué me acusa…

—Oscuro y maloliente hijo de una zorra, te acuso de secuestro y asesinato. Secuestro de mi hija Jamie… Asesinato de mi esposa Megan. ¿Te parece poco, basura?

—¡Dios, es usted! —Tragó saliva, mirándole con ojos saltones que parecían a punto de salir de sus órbitas—. Alex Crabbe, *El Aniquilador*…

—Así me llaman. Veo que me conoces bien, bastardo apestoso —le pegó con el cañón de acero del arma en las rodillas, haciéndolas crujir peligrosamente. El hombre chilló como si se las hubieran roto, encogiéndose lleno de dolor y de pánico.

—¿Qué hace? —sollozó—. ¡Va a romperme las piernas!

—Te romperé lo que tienes de hombre si sigues callado o diciendo tonterías. Quiero que hables. Pero que hables lo que yo deseo escuchar. Dime dónde está mi hija. Y dónde se encuentra tu amigo albino, ese tal Maxwell Carr. Porque tú eres Targa Zoran, de eso no me cabe duda alguna. ¡Vamos, suelta lo que tengas que decir, sabandija!

—Yo… yo sí soy Targa Zoran —confesó con un hilo de voz al negro—. Pero no sé nada de su hija. Ni de Carr…

El cañón de acero le pegó de nuevo, esta vez en sus ingles, entre las piernas, repetidas veces. Se encogió, aullando, al sentir sus órganos genitales dañados. Implacable, sin dejar de conducir casi milagrosamente con su zurda, Alex Crabbe le pegó ahora en la nuca y en la boca. Empezó a sangrar por el cuero cabelludo y los labios.

—¡Mientes, hijo de puta! —bramó Alex—. ¡Habla o te destrozo

vivo! ¡Yo no bromeo!

Y le volvió a pegar en rodillas, testículos, cara. Los huesos crujían a cada golpe, amenazando astillarse en cualquier momento. El dolor convertía al cuerpo del negro en una especie de muñeco de goma inarticulado, tales eran sus convulsiones.

—¡No me pegue más, no me pegue! —jadeó al fin, vomitando sangre, que iba a salpicar el parabrisas—. ¡Hablaré, hablaré, Crabbe, no siga!

Dejó de golpear Alex, mirándole con odio infinito. El negro tartajeó entre borbotones rojos:

—Yo… yo no maté a su mujer. Lo juro por dios, por mi alma… Yo le pedí a Carr que no disparase… El dijo que ella no podía vivir. Y la mató a sangre fría. Casi sentí náuseas. Era tan joven, tan bella e indefensa…

—¡No describas eso, cerdo! ¡No lo hagas, o te acribillo! —Le puso la boca del cañón en la mandíbula y el negro Zoran temió que su cabeza volara en mil fragmentos—. Di ahora dónde está Jamie, la niña. Y tu compinche, Carr. Y vuestro patrón, Stavros Drax…

—Stavros… El es el único que sabe la verdad de todo esto. El porqué fuimos a su casa, por qué Carr mató a su mujer… y por qué se nos ordenó raptar a la niña… Yo se la entregué a Stavros… No sé más, se lo juro. No sé más, señor…

Lloraba, jadeaba implorante, esperando salvar así su pellejo. Alex le miró fríamente, con expresión demoníaca. El negro temblaba como si le poseyera la fiebre.

—El lugar —dijo sordamente—. Dime el lugar, pronto, Zoran. O disparo…

—¡No lo sé! —chilló exasperado el negro, bañado en sudor—. ¡Juro que no lo sé! ¡Yo trabajo para la mafia, pero no sé nada de los negocios de Stavros! ¡Carr se fue con él, tienen un escondrijo en esta ciudad, no sé dónde! No contaron conmigo para el resto del trabajo.

—Pero te enviaron al hotel para liquidarme…

—Fue orden de Stavros. Debíamos eliminarle como fuese. Otros se encargarían de ello. Un explosivo en la puerta, unos tiradores apostados… Yo me cuidaría sólo de esperar los resultados, informarles luego por teléfono…

—¿Teléfono? ¿Adonde tenías que llamar? ¿Adonde, pedazo de

sucio tizón?

—No. Ellos llamarían para enterarse. A una cabina pública, en el cruce de Constitution y New Jersey Avenue, enfrente del Capitolio… Yo debo estar allí dentro de media hora… Juro que es cierto. No sé más, señor, por piedad, tiene que creerme. No participé en la muerte de su mujer. No hice daño alguno a la niña…

—Dime para qué la quieren. ¿Qué rescate piensan pedir por ella?

—Lo ignoro. Pero no he oído nada sobre rescate… Creo… creo que la niña sabe algo que ellos buscan. Me pareció oír algo así. Pero no sé más ¡Juro que no!

Alex le miró, ceñudo, sosteniendo aún su temible arma contra el mentón del negro. El sudor corría por la cara de éste, mojando sus blancas ropas e incluso salpicando su «Heckler y Koch». El miedo se retrataba en aquella faz, grotescamente.

De pronto, los ojos de Alex relucieron. Su piel se puso tirante sobre los músculos. Los tendones vibraron. Intuía algo. Era uno de sus presentimientos. Miró hacia fuera, a la calle, por entre cuyo tráfico iban a toda marcha. Tras ellos, un coche potente se movía en su misma dirección. Tenía cristales opacos, carrocería color gris metalizado, muy oscuro. Algo hizo encender en su mente la luz roja de alerta, sin saber por qué.

Acostumbraba a fiarse de esos presentimientos. Eran corazonadas que más de una vez habían salvado su vida. Repentinamente, abrió la portezuela, tirándose fuera del vehículo, ante el asombro del negro.

Lo hizo muy a tiempo. Mientras su cuerpo rodaba por el asfalto, en la acera inmediata, del coche gris metálico brotó algo, una especie de zumbido llameante. Un dardo flamígero alcanzó de lleno la furgoneta roja.

Vio saltar al coche por los aires, dando volteretas, con el negro Zoran dentro. Las llamas lo envolvieron, el depósito de combustible reventó en una llamarada cegadora, provocando el caos en el tráfico urbano. El negro se desintegró con carrocería y todo, lloviendo chatarra y pavesas sobre el asfalto.

El coche gris metal se perdió en una esquina, centelleante, burlando el rojo de un semáforo y casi llevándose a un agente de tráfico por delante. Alex Crabbe, tendido en la acera, contempló su

desaparición con gesto ensombrecido. Empezó a incorporarse en medio de un revuelo de gentes asustadas y desconcertadas, buscando evaporarse por cualquier esquina sin ser advertido.

—Un lanzagranadas adaptado a un coche… —musitó mientras se alejaba de los corros de personas excitadas—. Todo estaba planeado cuidadosamente. Es como si alguien conociera mis métodos, leyera mis pensamientos, anticipándose a mis actos…

Y al recordar el coche gris metalizado, tuvo la misma extraña sensación que ya notara anteriormente en Costa Plata, en plena jungla. La intuición inexplicable de que *alguien* le vigilaba. ¿Era el mismo *fantasma* de aquella selva el que continuaba tras él, como una sombra? Resultaba absurdo, pero…

—Hola, Alex. ¿Quieres subir para salir cuanto antes de aquí?

Se volvió, sobresaltado, alzando su arma instintivamente. Varios peatones, al verle armado con aquel poderoso fusil, echaron a correr despavoridos. Se quedó contemplando con asombro a la persona que le hablaba.

—¡Yolanda! —jadeó—. ¿Qué haces tú aquí… y ahora?

Yolanda Duarte, la guerrillera costaplatense que se uniera a él durante su aventura en la selva centroamericana, sonrió desde el volante de su coche, junto a la acera.

—Sube, Alex —dijo—. Es largo de contar. Te lo diré por el camino. Además, supongo que quieres encontrar a tu hija, ¿no? Pues yo tal vez pueda conducirte hasta ella.

Crabbe la miró, estupefacto. Y sin comentar nada, subió al coche, junto a la guerrillera. Yolanda arrancó sin esperar a más.

CAPÍTULO VII

PARTE DE LA VERDAD

—Esto no es la selva de tu país, Yolanda. ¿Quién te ha metido en este lío?

—Yo misma. Estoy en tu país por cortesía de las autoridades, bien lo sabes. Pero nadie pediría a una guerrillera de dudoso pasado que colaborase contigo en nada, Alex. Yo no soy persona de confianza de tus superiores, entiéndolo.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí? —Crabbe la miró, receloso.

—Muy sencillo: Orson se puso en contacto conmigo, me contó lo sucedido. Luego, leí el resto en los periódicos. Estuve en el funeral de tu esposa sin que tú me vieras. Lo lamenté muy de veras.

—Gracias —dijo él, seco—. Pero eso no explica tu presencia en este momento…

—Sólo trato de ayudarte. Te he seguido, por si alguien pretendía algo contra ti. Debemos protegernos unos a otros, como en la selva. Esto también es una selva. Así, pude ver que llegaban esos hombres a la puerta del hotel: el albino Maxwell Carr y el negro Zoran. Se separaron delante del Embassy. El negro se quedó; Carr se ausentó en un coche negro, largo, de vidrios oscuros, que Orson me había descrito ya. Le seguí.

—¿Tú seguiste al albino? Se sorprendió Alex, mirándola con estupor.

—Eso es —sonrió la guerrillera—. Dillard vino conmigo. Le seguimos hasta cierto lugar, donde Dillard se ha quedado de guardia mientras yo volvía al hotel a informarte de todo. Cuando he regresado, las cosas estaban allí al rojo vivo. Te vi cazar al negro,

subir a la furgoneta y te seguí. Veo que no te seguía yo sola, aunque no sospeché nada de ese coche color metal. ¿Quién iba en él?

—Lo ignoro —la facciones de Alex se endurecieron—. Pero intuyo que es alguien a quien ya he visto o presentido antes… ¿Dónde es ese punto en el que nos espera Dillard, y dónde dices que está ahora el albino Carr?

—Está en las afueras de Washington, exactamente en Silver Hill, al sur de la ciudad, cerca de unos campos de golf. Allí hay una residencia aislada, sumamente lujosa. Dentro de ella está nuestro hombre. Tal vez también Jamie, tu hija, ¿quién sabe?

—Sí, tal vez también está Jamie allí. Supongo que me llevas en esta dirección…

—¿Adonde, si no? —sonrió Yolanda, conduciendo con mano firme el vehículo—. Me he aprendido lo suficiente el plano de esta ciudad y sus alrededores, Alex. Confía en mí.

—Ya lo hago. Una vez confié en ti. Y todo salió bien. No veo por qué no debo hacerlo ahora, aunque el lugar sea diferente. Vamos, adelante, Yolanda. Perdona mis preguntas, mis recelos. Este asunto me tiene confuso, trastornado.

—Lo comprendo, Alex —ella, impulsiva, tierna, puso una de sus manos en la recia, poderosa pierna de él, apretando sus duros músculos—. Lo comprendo, amigo mío…

* * *

—Y bien, bastardo hijo de perra, ¡habla de una maldita vez por todas! ¿Quién te envió aquí, qué hacías ahí afuera vigilando, cerdo asqueroso?

Al mismo tiempo, el individuo que hablaba pegó otra vez en el estómago a Dillard, doblándolo con una seca tos. Otro le aferró por los cabellos rojos, tirando hacia atrás, mientras un tercero le descargaba lacerantes puntapiés en sus ingles, haciéndole jadear de dolor, entre espasmos.

—Es duro el tipo —comentó el albino que contemplaba fríamente la escena a través de los negros vidrios de sus gafas de sol, fumando calmoso un cigarrillo—. Dejádmelo a mí, muchachos, que sé cómo tratar a esa clase de fulanos…

Se aproximó lentamente a Orson Dillard, con una helada mueca sardónica en sus delgados labios. La cara, blanquecina y redonda,

era como una masa de sebo rodeada de pelambrera blancuzca, que se repetía en sus cejas y su bigote inapreciable.

Cuando estuvo ante el cautivo atado de manos a la espalda y sujeto por los tobillos con unas esposas, le hundió el cigarrillo lentamente en una oreja. Dillard chilló con voz ronca, retorciéndose de dolor. Se elevó un tenue hedor a vello y carne quemados. Luego, el albino sonrió, llevando el cigarrillo hasta la nariz de Orson, donde comenzó a hurgarle con la brasa. El dolor era irresistible, pero Dillard resistió, escupiendo un salivazo al rostro del albino.

Éste se echó atrás airado, limpiándose el escupitajo. Rabioso, pegó con su rodilla por dos veces en las ingles de Dillard, antes de encender de nuevo el apagado cigarrillo, que deslizó hacia su torso. Desgarró la camisa, aplicando la brasa a una tetilla. Se elevó una nubecilla de humo acre, mientras quemaba la piel del cautivo.

—Eres un asqueroso, miserable cerdo blancuzco y viscoso, Carr —jadeó Orson conteniendo el dolor con lágrimas en los ojos—. Cuando te pille sin estas ataduras, vas a pagar caro lo que estás haciendo, cabrón.

—Nunca te verás libre de esas ataduras, salvo cuando estés muerto, pelirrojo —rió el albino cruelmente—. Te mataré como maté a la linda esposa de tu amigo, el cachas. Veo que no erais tan inofensivos como parecíais. Ese bastardo musculoso va a pasarlo tan mal como tú, por meterse en líos. Y un día, recibirá el cadáver de su niña como regalo. Pero ahora eres tú el que va a pasarlo mal, amiguito… a menos que nos cuentes todo lo que sabe o sospecha tu amigo Crabbe…

Siguió torturando a Dillard lenta, implacablemente. Una puerta se abrió al fondo de la sala. Apareció un individuo alto, moreno, de cabellos salpicados de canas, impecable traje gris oscuro, aire distinguido, caminando despacio hacia ellos sobre sus zapatos de color claro y modelo italiano, caros y elegantes.

—¿Cómo va la sesión? —indagó con voz suave, meliflua casi.

—Igual —rezongó uno de los presentes—. Carr se ocupa ahora de ese tipo, señor Drax.

—Espero que lo sonsaques algo antes de convertirlo en una piltrafa —rió Stavros Drax, uno de los cabecillas del hampa de Washington y de otras varias ciudades del Este del país—. Adelante, Carr, no cambies tus métodos por mi presencia, muchacho.

Carr se echó a reír entre dientes, asintiendo. Tiró el cigarrillo a un cenicero de vidrio en forma de diamante, sustituyéndolo por una navaja afilada, que acarició por su filo con dedo lento, suave, malignamente sádico.

—Ahora empezaré a desollarte vivo, bastardo —avisó—. Es un arte que se me da bastante bien aunque no sea un piel roja. Gritarás hasta conmover las piedras, a medida que tu carne viva vaya creciendo paulatinamente, cubriendo todo tu cuerpo desprovisto de piel… Acabarás pidiendo que te matemos deprisa para no sufrir… Eso, a menos que hables todo lo que queremos…

Dillard le miró con desprecio y le espetó varios insultos. Carr rió, acercando la hoja de afiladísimo acero a la piel con imperturbable calma.

Iba a comenzar su tarea de despellejar a su prisionero, cuando todo pareció estallar en torno a ellos.

Una enorme vidriera asomada al jardín, reventó en miles de fragmentos, dando entrada al lugar a un hombre que era como una especie de vendaval y de bólido todo en una pieza. Una masa increíble de músculos en acción, un rostro endurecido, crispado, de rabiosa expresión. Y unas manos gigantescas que aferraban un poderoso fusil ametrallador, que comenzó a tabletear furiosamente apenas el devastador intruso puso sus pies en el salón.

—¡Es Crabbe! —aulló uno.

—¡El «Aniquilador»! —rugió Stavros Drax, echándose atrás con sobresalto—. ¡Acabad con él, pronto!

Los tres esbirros que acompañaban al greco-alemán y al albino, se precipitaron pistola en mano hacia el recién aparecido. Pero éste se revolvió hacia ellos, comenzando a disparar su temible arma de forma vertiginosa.

Un alud de balas barrió a los pistoleros, lanzando sus cuerpos tronchados, sangrantes, contra la pared. Rebotaron en ella, dejando regueros rojos a su paso, mientras Stavros, pistola en mano, disparaba asustado, al tiempo que corría hacia la salida.

Con un rugido, Carr alzó el arma blanca para clavársela a Dillard en el pecho sin contemplaciones. Pero el pelirrojo logró disparar sus dos piernas esposadas, golpeando al asesino en pleno rostro. Carr perdió su navaja, buscando desesperadamente entre sus ropas otra clase de arma. En su mano asomó una poderosa

automática que volvió hacia Alex Crabbe con rabia contenida.

Se encontró con el gesto fiero de su enemigo, por encima del humo que vomitaba el cañón del arma automática en manos del gigante. Intentó apretar el gatillo. Alex le miró implacable, lleno de odio, de rabia infinita.

—Asesino —jadeó—. Esto va por Megan…

Y apretó el gatillo.

Nunca, en ninguna acción, lo hizo con mayor complacencia. Apretó y apretó, sin detenerse, mientras un chorro de balas alcanzaba al albino, sacudiéndole, acribillándole, llenándole de sangre. Siguió disparando, pese a que aquello era sólo un pelele sanguinolento, hasta que no hubo ya rostro, cabeza, ni apenas cuerpo reconocible en aquel pingajo informe, que al menos alojaba en su cuerpo destrozado medio centenar de balas.

—Ya basta, Alex —pidió roncamente Dillard, desde el suelo—. Acabaste con él. Has vengado a Megan.

—No del todo —jadeó Crabbe—. Quedan otros por pagar…

—¡Ese maldito Stavros! —gritó de repente Dillard, mirando en torno, a los cuerpos abatidos por la furia homicida de su amigo—. ¡Es el jefe de la pandilla! ¡Ha escapado!

—No irá muy lejos —sentenció Alex—. Yolanda espera afuera…

Era cierto. Sonó el tableteo de una metralleta en el jardín que rodeaba la casa. Cuando salieron de ella Crabbe y Dillard, éste con las esposas que le ligaban rotas a balazos, vieron al pie de la verja de entrada, junto a los tres vigilantes sin vida que Yolanda y él ejecutaran silenciosamente antes de entrar en la mansión, al propio Stavros Drax, brazos en alto, con el cañón del arma sobre el pecho, empuñada por Yolanda con firmeza. Una mano del greco-alemán chorreaba sangre, rotos los dedos a balazos.

—He cogido a este fulano —dijo la joven guerrillera—. No escapó ninguno más.

—Lo sé —asintió Alex fríamente—. Carr está muerto. Los otros también. Pagaron su parte de culpa en el asesinato de mi mujer y el rapto de mi hija. Pero no hay rastro de la niña en esa casa. Dinos, Stavros, ¿dónde está Jamie? ¡Dilo o dejo que ella te cosa a balazos tu sucio vientre!

—No está aquí… —gimió Stavros, aterrorizado—. ¡No está, Crabbe, palabra!

—Te creo. Pero te he preguntado dónde está —enfiló su temible arma hacia él, tras ponerle un nuevo cargador—. De ti depende que salgas de aquí tal como eres, o no te reconozca ni tu mismo padre, si es que tuviste alguno conocido.

Lívido, Stavros agitó su única mano ilesa. Se apresuró a responder:

—Está fuera de Washington, se la han llevado lejos…

—¿Adonde? —exigió Alex, poniendo su dedo en el gatillo.

—A Florida…

—¡Florida! Mientes, Stavros. ¿Qué va a hacer nadie con ella en Florida?

—Tu hija está en poder del que nos pagó por este trabajo, lo juro —gimoteó el greco-alemán con voz temblorosa—. Tiene una finca en los Everglades de Florida, cerca de los Cayos, al sur en Leisure City… Allí tiene a tu hija prisionera. No la matará… mientras la niña no pueda recordar…

—¿Recordar? —Crabbe arrugó el ceño, sombrío—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Jamie ha perdido la memoria… Por eso la retienen cautiva. El *shock* de ver morir a su madre… Sufre amnesia profunda. No recuerda nada. Esperan a que recuerde…

—¿A que recuerde qué?

—¿Es que no lo sabes? Por eso se nos ordenó entrar en tu casa. La orden era raptar a las dos. Pero Carr era un asesino nato. Prefirió matar a tu mujer cuando ella se negó a decirle dónde guardaba la videocasette…

—Videocasette… —repitió sordamente Crabbe sin entender—. Megan era una gran aficionada al video, sí. Grababa programas… Pero ¿qué sentido tiene todo eso?

—Tu mujer, sin saberlo quizás, grabó un determinado hecho criminal… y con él al culpable del mismo. Al darse cuenta de lo que tenía, lo guardó, sin duda esperando tu regreso. Sucedió todo en tu ausencia. El hombre que nos pagó por actuar, lo sabía. Y trató de conseguir ese video que le delataba. Eso fue todo. Megan se negó. Carr la asesinó… Sabíamos que la niña conocía el paradero de la cinta grabada, la llevamos con nosotros para que lo confesara. Pero resultó amnésica por el *shock*. No recuerda el escondrijo donde su madre guardó la cinta. Están esperando a que hable, a que

recuerde…

—Y cuando lo haga, la matarán como a mi mujer —silabeo duramente Crabbe—. No dejarán con vida a un testigo tan importante… ¿Quién es ese hombre, Stavros?

—Juro que no lo sé. Nos contrató indirectamente, sin dar nunca la cara. La vi sólo una vez… con una caperuza. No pude saber nada de él, ni su hombre ni su rostro. Lo juro, Crabbe, no sabíamos nadie quién es… Sólo que tiene esa finca en Florida, donde se ha llevado consigo a la niña… Allí estará ahora con Jamie, sin duda alguna…

—Espero por tu bien que esa historia sea cierta —dijo fríamente Crabbe—. En marcha, Stavros. Nos vamos de aquí. Ya sé lo suficiente por el momento… Yolanda, al coche. Nos llevamos a este cerdo de rehén.

Ella asintió, volviendo al coche que aguardaba fuera, junto con Dillard. Crabbe iba a seguirla con su prisionero, cuando apareció de repente un helicóptero sobre la finca, volando bajo. Los ojos acerados de Alex volaron hacia el aparato, llenos de recelo.

Tuvo una de sus repentinas corazonadas. Lanzó un grito salvaje, lanzándose en una formidable zambullida, lejos de Stavros y de la puerta de la verja.

Lo hizo muy a tiempo. El helicóptero sobrevoló la zona, lanzando algo sibilante sobre el lugar.

Una enorme explosión levantó parte de la verja, el muro de piedra e incluso el cuerpo del greco-alemán, que se elevó por los aires, reventado, mientras los cascotes caían a plomo sobre Crabbe, tendido en el asfalto de la carretera.

Desdé allí, alzó rápido su arma, disparando una ráfaga contra el helicóptero agresor.

Cuando el aparato iniciaba un picado contra él, las balas de su arma hicieron blanco en los vidrios de la cabina, astillándolos. Otra bala hizo humear el motor, tocado.

Rápido, el conductor del helicóptero, a quien apenas podía vislumbrar tras el reflejo del sol en los vidrios cóncavos de la cabina, elevó la nave, alejándose a toda prisa y dejando tras de sí una estela de humo blanquecino.

Crabbe se puso en pie, mientras Yolanda y Dillard corrían hacia él, alarmados, arma en mano. Contempló largamente la silueta del helicóptero, perdiéndose en la distancia, lejos de su alcance, tocado

pero no lo suficiente como para desplomarse o incendiarse.

—¿Estás bien? —preguntó ella, ansiosa, aferrándole por un brazo.

—Sí, Yolanda —asintió roncamente, sin dejar de mirar al helicóptero—. Otra vez él…

—¿El? —indagó Dillard, sorprendido—. ¿Quién?

—No lo sé. Alguien que me sigue desde Costa Plata… Alguien a quien nunca logro ver, pero que está ahí… como una sombra, anticipándose siempre a mis acciones…

—¿Estás seguro de lo que dices? —Pestañeó Dillard, incrédulo.

—Sí. Muy seguro. Ahora va en ese helicóptero… seguramente hacia Florida, también. ¿Y sabes por qué? Porque está seguro de lo que voy a hacer inmediatamente: volar hacia allí en busca de mi hija. El, sea quién sea, estará esperándome. Estoy ansiando verme cara a cara con él. Es un enemigo formidable, digno de mí. Y, no sé por qué, sabe sobre mi persona tanto como yo mismo… En marcha, Yolanda. Tenemos que salir cuanto antes rumbo a Florida.

—Pero ignoramos dónde está ese misterioso personaje con tu hija —objetó ella—. Los Everglades son muy amplios, muy extensos…

—Lo sé. Pero encontraré ese lugar, seguro. Lo encontraré, Yolanda…

CAPÍTULO VIII

«ANDROS»

Era una extraña finca.

Se elevaba en medio de árboles fantasmales, levantándose por encima de los pantanos y sus brumas húmedas. Helechos viscosos y plantas tropicales rodeaban las verjas de la residencia aislada, solitaria y sombría. Casi era imposible imaginar que, a pocas millas de allí, se extendieran las luminosas playas de Miami Beach, hasta los Cayos, con sus residencias millonadas, sus edificios esbeltos y sus asépticos paseos marítimos, bordeados de palmeras, entre arena y asfalto.

Leisure City estaba a sólo cuatro millas del lugar, siguiendo la carretera vecinal que bordeaba los pantanosos parajes de los Everglades. Arecas y cactus emergían difícilmente de las praderas sumergidas entre helechos de lánguida caída.

La zona se llamaba *Seminóla Swamp*, o Pantano Seminóla, para los muchos hispano-parlantes de aquel estado. Y allí se elevaba la mansión, como un lugar espectral, de siniestros perfiles difuminados en la bruma pantanosa, casi eterna en la región.

Dentro de la propiedad, los bosques de árboles de un verde oscuro, casi sombrío, formaban un auténtico laberinto en torno a la casa. Una zona de aquel coto mostraba un indicativo sobre un poste: «Cultivo de flores tropicales. No pasar».

Pero en realidad, los cultivos eran el mejor camino para llegar a la casa misma. Y dentro de ella, tras sus vidrieras, tenía lugar aquella tarde una escena curiosa.

Dos hombres hablaban pacientemente con una niña. Ella les

miraba, entre asustada y confusa, sentada en un sillón demasiado grande para ella. Sus grandes ojos claros, entre grises y azules, revelaban ingenuidad, pero también inquietud. Casi miedo.

—Vamos, pequeña —sonreía apaciblemente uno de sus interlocutores, inclinado hacia ella—. Tienes que recordarlo… Esfuérzate un poco más, sólo un poquito, hija…

—Lo siento, señor —negó rotunda—. No recuerdo nada. No puedo.

Los dos hombres se miraron entre sí. Uno resopló. Y meneó la cabeza, con desaliento.

—Siempre dice lo mismo, doctor Hoffman. Es como una letanía. No sale de ahí.

—Claro, amigo Kiel —sonrió el interrogador—. Es natural. La niña no miente. Dice la pura verdad. No recuerda nada. Es ajeno a su voluntad, compréndalo.

—¡Pero el patrón quiere una respuesta! —clamó el hombre que dirigía habitualmente el club nocturno *Riverside*, allá en Washington, DC—. ¡Necesita *saber*!

—Todos necesitamos saber, Kiel —suspiró el llamado doctor Hoffman pacientemente, acariciando el cabello de la niña para dominar el temor que le había producido el grito de Kiel—. Serénese, amigo mío, no trate de asustarla. No lograremos nada así.

—Mientras ese videocasette siga oculto en alguna parte, el patrón no estará seguro —insistió Kiel—. Es preciso que ella hable, que recuerde de una maldita vez.

—Lo hemos intentado todo. Y ha sido en vano —el doctor Hoffman meneó la cabeza—. Sólo por eso vamos a intentar algo definitivo que no hubiese querido probar.

—¿Qué quiere decir? —preguntó vivamente Kiel mirando al otro.

—Tengo un método para intentar que recuerde. Pero sólo para *intentarlo*. No existen evidencias concretas de que sea eficaz. Además, es algo arriesgado. Pero no nos queda otro remedio, si urge tanto que esta criatura diga lo que sabe.

—Claro que urge. Y mucho. ¿A qué se refiere?

—A esto. —Hoffman sacó de su chaqueta una cajita alargada de metal cromado.

—¿Qué es eso?

—Una ampolla de un nuevo suero sobre el que estoy trabajando en mi laboratorio. Le llamo «suero de la memoria», es una droga como el pentothal sódico. Sólo que, mientras aquella sirve para que el sujeto diga la verdad, ésta sirve para recuperar la memoria perdida… al menos en teoría. Emplearla es arriesgado, insisto. Pero no queda otra solución, Kiel. Me gustaría contar previamente con la aprobación del jefe para utilizarla en la niña, pero si no viene pronto…

—¿Qué puede suceder si esa droga falla, doctor?

Hoffman bajó la voz para que la cautiva Jamie Crabbe no le oyera:

—La niña moriría sin remedio —susurró—. Por colapso cerebral, imagino…

—Adelante, doctor —dijo una voz glacial desde la entrada del salón—. Utilícela. Correremos ese riesgo, puesto que no existe otra solución posible.

Se volvieron los dos hombres hacia el que hablaba. Un individuo aparecía en el umbral, seguido por tres hombres armados de ligeros fusiles ametralladores. Era un hombre cubierto con una caperuza negra que cubría su cabeza totalmente, con la salvedad de dos ranuras estrechas para sus ojos, fríos y duros. Caminó hacia ellos calmoso, dejando en la entrada a sus esbirros armados.

—Patrón… —Kiel se mostró sumiso—. ¿Y si… si ella muere…?

—Ya dije que correremos ese riesgo, Kiel —replicó el otro fríamente—. No podemos esperar más. Crabbe anda sobre la pista. No hemos logrado eliminarle en ningún intento. Con razón le llaman «El Aniquilador». Todo lo destruye a su paso. Si la pequeña nos puede decir dónde ocultó su madre ese video, mejor que mejor. Si no… confiemos en que no sea Crabbe, la policía o el FBI quien de con él… Adelante, doctor Hoffman. Inyecte ese suero a la pequeña. Y ojalá tengamos suerte.

Hoffman asintió, abriendo la cajita de metal. Extrajo una ampolla de vidrio conteniendo un líquido ambarino, algo turbio. De otro bolsillo sacó una jeringuilla desechable, llenándola con el contenido de la ampolla. Luego fue hacia la niña, que le miró asustadísima.

—¿Qué… qué va a hacerme? —gimoteó, atemorizada, poniéndose en pie.

—Calma, pequeña —sonrió el doctor—. Vas a dormir un rato, eso es todo. Esto no te hará daño, es sólo un pinchazo de nada. Y luego lo recordarás todo, volverás a ser tú misma. Y podrás volver con tu padre, con los tuyos…

—No, no… No quiero —sollozó la niña—. Me hará daño. No me gusta eso…

—No tienes nada que temer. Yo no te haría nunca daño, hijita, confía en mí —dijo dulcemente Hoffman, sujetándola por un brazo con suave energía—. Será un momento, solamente. Un pequeño pinchazo que casi ni notarás, te lo aseguro…

Ella lloraba, temblorosa, pero no forcejeó contra el hombre. Hoffman sonrió, acercando la aguja al brazo de la niña…

—¡Miren! ¡Es *él*! ¡Crabbe! ¡Está en la finca!

El grito lo había lanzado Kiel con voz ronca, estremecida de horror. Todos volvieron la cabeza hacia donde señalaba el dirigente del club nocturno. El encapuchado lanzó una sorda imprecación de ira y de sorpresa.

—¡No es posible! ¡No puede haber localizado esta finca tan pronto… a menos que sospeche mi verdadera identidad! —rugió acercándose a las pantallas de televisión del circuito cerrado de seguridad de su finca, situadas al fondo de la sala.

—¡Papá! —gritó la pequeña Jamie de repente, corriendo hacia las pantallas tras soltarse de Hoffman con un inesperado esfuerzo—. ¡Es mi padre, ahora lo recuerdo todo!… ¡Papá, estoy aquí! ¡Papá, papá!…

Hoffman soltó una blasfemia, dejando de mostrarse afable. La niña, al huir de él, había desprendido de su mano la jeringuilla, que se fue contra el suelo, desprendiéndose la aguja de la jeringuilla y derramando el «suero de la memoria».

Los ojos del encapuchado estaban fijos en las pantallas. Allí, en efecto, multiplicado por varias tomas distintas, se veía la gigantesca mole humana de Alex Crabbe, sus músculos poderosos, su figura hercúlea, abriéndose paso por entre la húmeda espesura, cubierto de sudor y de grasa repelente contra los gigantescos mosquitos de los Everglades, fusil ametrallador en mano, el chaleco de campaña repleto de granadas de mano, endurecido el gesto hosco, donde se reflejaban el odio, la ira, el afán destructor y vengativo.

—Viene hacia acá… —jadeó el encapuchado—. Bien… Id a por

él todos vosotros. Pero también enviaré a alguien más contra ese salvaje aniquilador. ¡Le enviaré a la auténtica horma de su zapato, al único ser capaz de destruirle en duelo personal!

Corrió a las pantallas del circuito cerrado, pero no tocó los mandos de la televisión, sino un botón rojo que había en su extremo inferior, bajo las pantallas.

—¿Qué es eso, patrón? —preguntó Kiel, preocupado.

Una risita brotó debajo de la capucha, mientras sus tres esbirros armados salían a toda prisa para interponerse entre la casa y el intruso. Kiel y Hoffman habían sujetado de nuevo a Jamie, que forcejeaba con ellos. El jefe del grupo habló roncamente, con tono crispado:

—Le he enviado al ser que puede hacer añicos a Crabbe, porque le conoce mejor de lo que se conoce él mismo… ¡«Andros», mi androide humano, acabará con él!

* * *

«Andros» estaba en marcha.

El resorte electrónico manipulado por el encapuchado le había puesto en acción de inmediato. Ahora se movía hacia Alex Crabbe, porque ésa era su misión, para eso había sido creado y educado. «Andros» era una máquina de matar. Y Crabbe su objetivo.

Aquel cuerpo atlético, formidable, tan poderoso físicamente como el del propio Crabbe, se movía por la húmeda espesura de los pantanos como una sombra, sin hacer ruido, inexpresiva su faz pálida, como tallada en mármol bajo un pelo dorado, corto, a cepillo, brillantes y fríos sus ojos claros, de un azul acerado.

Pero antes de que el potente «Andros» llegase hasta Alex, éste tuvo ante sí otros enemigos más convencionales: eran los tres esbirros del jefe encapuchado, sosteniendo sus metralletas a punto.

Surgieron de la densa floresta ante él, dispuestos a barrerle con sus armas, que tabletearon de inmediato sobre la hercúlea figura de Crabbe. Pero «El Aniquilador» era hombre de fulgurantes reflejos.

Apenas vio surgir las figuras humanas, saltó de costado, lanzándose a un espeso pantano, tras los troncos de unos árboles que se cubrieron pronto de orificios de bala. Desde el fango pantanoso, maloliente, virtualmente rebozado en él su cuerpo de titán, Crabbe apretó el gatillo de su formidable arma automática.

Vomitó con estruendo devastador un rosario de balas en medio de llameantes rugidos. Los tres hombres, tronchados a balazos, saltaron como monigotes, desplomándose entre la espesura y el barro fétido de los pantanos.

«Andros» casi sonrió con su faz pétrea, inconmovible, acechando a su adversario tras las pegajosas lianas que caían fláccidas sobre el limo de las ciénagas. Era su momento. El momento de enfrentarse a su máximo rival, al hombre que había vigilado desde hacía tiempo, en la ciudad o en las junglas de Centroamérica, para aprender a luchar como él luchaba, para conocer todos los trucos y recursos de tan temible enemigo.

Las manos férreas de «Andros» empuñaban un fusil ametrallador. Pero en ningún momento intentó usarlo para matar a su adversario sin previo aviso. El duelo debía de ser abierto, cara a cara, para que su victoria fuese total, indiscutible.

Disparó de repente, una breve ráfaga. Alcanzó de lleno el arma que empuñaba Alex. Éste, asombrado, vio volar el fusil ametrallador de entre sus manos, quedando indefenso ante el sorprendente enemigo que surgía de la espesura.

Ambos se miraron a los ojos. Alex entendió, al ver aquella mole musculosa y pálida que se erguía ante él. Todos sus anteriores presentimientos tomaron cuerpo.

—¡Tú! —jadeó—. Eras tú siempre… La sombra furtiva de Costa Plata, el hombre del coche color metálico, del helicóptero… Siempre tú…

—Sí, Crabbe —respondió una voz profunda, casi metálica, monocorde, surgiendo de aquellos rígidos labios sin apenas moverlos—. Soy yo. «Andros», tu enemigo mortal, el ser creado para destruirte a ti, el destructor de otras personas…

—¿Creado? —repitió Alex, confuso—. No pareces un robot, ciertamente…

—En cierto modo lo soy. Mi mente es mitad humana, mitad cibernética. Se me han implantado circuitos, poseo una memoria electrónica. Soy producto de una ciencia actual, aplicada al ser humano. Sufrí un grave accidente, quedé casi descerebrado. Un hombre al servicio de tu adversario, el doctor Hoffman, hizo de mí un androide casi, un ser mitad humano, mitad máquina, que almacenó en sus circuitos mentales todo el saber acerca de ti…

¡para poder anticiparme a tus métodos y destruirte, Crabbe!

—Ahora lo entiendo. Por eso me perseguías, me vigilabas, te anticipabas a mis acciones… —Silabeó Crabbe ceñudo, estudiando la mole granítica de su peligroso adversario, erguido como un coloso en medio de la jungla pantanosa—. Me estabas estudiando, preparándote para el gran duelo… ¡para este momento, «Andros»!

—Así es —la mueca del otro era triunfal—. Te voy a aniquilar. Te mataré sin remedio, Crabbe. No puedes nada contra mí. Sé cómo piensas, cómo luchas, cómo te defiendes… Es como una partida de ajedrez entre dos jugadores iguales, pero con la ventaja para uno, de que el otro puede leer en el pensamiento del contrario. Sé las piezas que intentarás mover. ¡Te daré jaque mate antes de que puedas siquiera advertirlo!

—Eso… ¡lo veremos, maldito androide! —rugió Alex, actuando de repente.

Y llevó su mano a una granada de su chaleco, que lanzó sobre el adversario desafiante, sin que éste hiciera otra cosa que reír, apretando el gatillo de su arma nuevamente. Disparó contra la granada que salía de la mano de Alex. Éste tuvo que arrojarse nuevamente al pantano para huir al estallido del explosivo, que reventó en el aire, alcanzado por las balas de «Andros». Éste había intuido exactamente la acción de su rival, anticipándose a ella.

Fundido en el fango, Alex maldijo su situación actual, ante un ser mitad humano, mitad robot, que era capaz de *leer* sus pensamientos, de anticiparse a sus movimientos. Incluso estaba jugando con él, como el gato con el ratón. Sólo esperaba a tenerle humillado, acosado, para terminar entonces cruel, implacablemente con su adversario…

La mente de Alex trabajó rápidamente. El no poseía neuronas artificiales ni circuitos de memoria acoplados a su mente, no era un androide de envoltura humana. Tal vez ahí estuviera su única posibilidad: la de burlar al enemigo creado por el supercriminal a quien estaba persiguiendo.

—¿Qué es lo que nunca haría Alex Crabbe en combate? —se preguntó a sí mismo.

La respuesta fue inmediata, luminosa:

—¡Huir! ¡Escapar cobardemente de la lucha, no plantar cara a su adversario!

Eso jamás lo hubiera hecho Alex Crabbe. Jamás. Por tanto, esa información previa no podía estar grabada en la memoria casi cibernética del extraño híbrido humanoide-mecánico que le habían puesto en su camino para vencerle y aniquilarle.

Salió de dudas en el acto. Cuando Alex comenzó a correr, alejándose de «Andros», éste vaciló, con la perplejidad reflejada en su rostro impenetrable. Dudó unos instantes, antes de lanzarse en pos de su enemigo a todo correr.

—¡No puedes hacer eso! —protestó roncamente—. ¡Tú nunca huyes ante nadie, no eres un cobarde! ¡Vuelve! ¡Hemos de luchar cara a cara, cuerpo a cuerpo, hasta que uno de nosotros deje de existir! ¡Es lo programado!

—Lo programado por tus amos, maldito monigote asesino —jadeó Alex, sin dejar de correr a través de aquel laberinto verde, chapoteando en el barro verdoso de los pantanos, huyendo de su enemigo abiertamente—. Veremos si alguien pensó en grabar en tus circuitos mentales esta situación…

Evidentemente, no era así. «Andros» estaba desconcertado. Tanto, que resolvió terminar allí mismo la pelea. Su metralleta roció de balas la jungla lujuriosa, en busca del blanco móvil. Los proyectiles troncharon ramas y arbustos, en torno al fugitivo. Alex sonrió en medio del barro que ensuciaba su rostro. Ya tenía a «Andros» donde él quería: en su propio terreno. El androide empezaba a perder seguridad en sí mismo, abocado a una situación no prevista de antemano.

Ante Alex apareció un alto muro de verdor, sobre el que figuraba un letrero indicador:

«Cultivo de plantas tropicales. Prohibido el acceso».

Crabbe hizo caso omiso del cartel, penetrando en un recinto destinado a cultivar las más exóticas, multicolores y variadas flores de pantano jamás vistas. Cuanto abarcaba su mirada era color, palpitantes frutos y una flora exuberante y policromada, conservada en la humedad ambiental idónea. Los cultivos se extendían ampliamente en torno suyo.

Corrió por entre ellos. A su espalda, alguien tronchaba con recias pisadas los preciados arbustos. Sonrió de nuevo. «Andros» iba en su busca. Y se había metido en los cultivos. Mientras, Alex iba

planeando nuevas acciones encaminadas a desconcertar a su mecánico adversario.

De repente, se detuvo. Miró unas enormes flores de grandes pétalos, mayores que él mismo, abiertas, de un color exultante, mostrando su corola erizada de tallos húmedos, espinosos. Un cartel le advirtió a tiempo, junto a las plantas:

«¡PELIGRO! PLANTAS CARNIVORAS

MUY VORACES».

De alguna forma, el dueño de aquella mansión había logrado desarrollar a gran tamaño una serie de plantas carnívoras. Alex pensó con rapidez. Sus recias manos arrancaron de cuajo el aviso, arrojándolo a un pequeño pantano fangoso, donde se hundió, junto a los tallos erectos de las enormes flores carnívoras, cuya hondura parecía ahora auténticas bocas abiertas, ávidas, hambrientas de carne humana o animal…

Esperó a pie firme, sus puños cerrados, fija la mirada en el sendero que discurría entre los miles de plantas tropicales allí cultivadas. «Andros» no tardó en aparecer. Sonrió, mirándole fijamente. Soltó su fusil ametrallador.

—Así quería verte —dijo—. No tienes adonde huir, ¿eh, Crabbe? Por primera vez estás asustado…

—Es posible. Terminemos esto cuanto antes, «Andros» —silabeó Alex—. Veamos si eres tan fuerte, tan valiente como pareces ser. Te espero. Luchemos ambos. ¿O no quieres luchar cuerpo a cuerpo?

—Si tú quieres… —El androide se encogió de hombros, risueño —. No tienes nada que hacer, piénsalo. Mis músculos han sido tratados biónicamente. Mi piel injertada con un tejido metálico y plástico, es inexpugnable. Soy como una máquina. Te trituraré fácilmente. No tienes defensa contra mí. Piénsalo. Podemos aún luchar de otro modo, en mil escaramuzas…

—¿Para terminar igual? No, gracias. No soy tu juguete, «Andros». No huiré más. Te espero aquí. Luchemos. Y que gane el más listo, ya que no el más fuerte, que eres tú.

—A tu gusto. Reza lo que sepas. Vas a morir. Te aniquilaré en unos segundos, «Aniquilador».

Y «Andros» lanzóse sobre él, como un monstruo destructor, sus

enormes manos engarfiadas, para apresar su garganta en un cepo mortífero…

Alex Crabbe esperó a pie firme hasta el último momento. Luego, se apartó con escurridiza habilidad.

«Andros», que volaba por el aire, demoledor, fue a caer sobre un lecho blando, de vivos colores, de aparentemente inofensivas hojas púrpura abiertas, en cuyo fondo se hundió de cabeza, como en un muelle y confortable abismo.

Pero aquel abismo vegetal no tenía nada de confortable. Apenas cayó en él «Andros», las hojas se cerraron como labios voraces. Y resultaron fuertes como el acero. Un grito ronco sonó en su interior. Las piernas de «Andros», visibles fuera, se pusieron a patear, sin que todo el poderío físico del ser híbrido pudiera nada contra las fuerzas de la enorme planta carnívora. Las otras se agitaron en la vecindad, presintiendo el festín. Unas lianas hambrientas se enroscaron en los tobillos de «Andros», como diabólicos reptiles vegetales. Alex corrió lejos de aquellas siniestras plantas. «Andros» no podía salir. Jamás saldría. Un ruido atroz, de succión, un chupeteo horripilante, llenó el aire. Crujieron los huesos del androide, tal vez sus neuronas artificiales, los circuitos integrados que se habían acoplado o injertado en su cerebro… Cuando Alex se alejó de allí, corriendo de nuevo hacia la casa, «Andros» era un festín de aquellas monstruosas flores hambrientas.

Corrió como nunca había corrido, alcanzando la vivienda en pocos minutos. No se veía a nadie alrededor. Pero segundos después, salían cuatro hombres armados del interior. Alex arrojó sobre ellos dos granadas de mano. Al reventar éstas, se llevaron por delante al cuarteto, convertido en pulpa sangrienta y miembros desgajados.

Tras ellos, aparecieron en la entrada el encapuchado, Kiel y el doctor Hoffman… escudándose en una llorosa, amedrentada Jamie Crabbe. Lívido, el padre de ésta se detuvo, bajando la pistola automática que había extraído de su funda poco antes.

—Malditos… —Silabeó—. Soltad a la niña. Os mataré a todos si la dañáis…

—Tú eres el único que puede dañarla —avisó el encapuchado—. Abre paso o morirá ella. He visto cómo engañabas y vencías a «Andros». Lo lamento. Pero crearemos otro adversario mejor para ti.

Acabaré contigo algún día, «Aniquilador».

—Seré yo quien termine contigo, bastardo —dijo Alex fríamente, conteniéndose.

Los tres rufianes, siempre protegidos por la pequeña, a quien retenía contra sí el encapuchado asesino, se movieron hacia la salida sin que Alex pudiera hacer nada.

Y de súbito, algo silbó en el aire. Restalló al caer sobre el grupo.

Un lazo corredizo rodeó los hombros de la pequeña Jamie. Tiró de ella violentamente, arrancándola de brazos del criminal. Éste aulló, exasperado, pretendiendo evitarlo. No lo logró. La niña fue elevada hacia un árbol cercano, de donde partía el lazo que la había apresado, arrancándola de garras de los canallas.

—¡Bravo, Yolanda! —rugió Alex, al ver el rostro de la joven guerrillera en la copa de aquel árbol, sosteniendo sonriente la cuerda con que atraía hacia sí a la niña—. ¡No olvidaré nunca lo que has hecho por mí, pero sobre todo por mi hija!

Y sin vacilar, alzó su arma automática, cuando ya Kiel, Hoffman y su misterioso jefe empuñaban sus propias pistolas para abatirle.

Rugió la automática de Alex, vomitando balas del calibre «45» especial, en medio de un concierto siniestro de estampidos. Los cuerpos se agitaron, convulsos, heridos en diversos puntos por la rociada de proyectiles. Se desplomaron sin vida en menos de tres segundos.

—Ya está —jadeó Alex, caminando hacia ellos—. Se acabó todo…

Llegó junto a los tres hombres abatidos. Estaban muertos. Y no quedaba nadie más con vida en la siniestra mansión de los pantanos de los Everglades. Se agachó, tirando de la capucha del jefe de la organización criminal.

—Lo imaginaba —suspiró—. Era el único que pudo enviarme a «Andros» a todas partes cuando desempeñaba una misión. El único que sabía que estaba en el Embassy aquel día… El único a quien yo conocía, que tenía una residencia en los Everglades de Florida… El único que podía saber que Megan le había filmado en un video comprometedor por alguna razón… Mi propio jefe, Malcolm Yuder, jefe de personal de la
A. I. S. A…
Un enemigo de América, sin duda alguna, infiltrado en nuestra

propia organización…

Se apartó del hombre de la caperuza. Yolanda había saltado del árbol, llevando consigo a Jamie, que se abrazó llorando a su padre. La joven guerrillera comentó, contemplando los cadáveres de los últimos criminales aniquilados por Crabbe:

—Dillard se quedó fuera, vigilando la mansión. Está herido, le alcanzó uno de los esbirros de ese canalla… Pero no es nada serio, sólo que no puede andar… Me alegra que Jamie esté bien, Alex. Me alegra mucho…

—Gracias a ti, Yolanda —la miró, tras besar a Jamie y apretarla contra sí—. Gracias a ti, amiga mía…

—Papá, ahora lo recordé todo, al verte en la pantalla… —sollozó la pequeña—. Recordé que mamá, casualmente, había filmado algo comprometedor para un hombre importante a quien tú conocías. Fue en el club de golf… Creo que mamá identificó a unos hombres que hablaban con ese hombre importante en uno de los campos de golf, y que ella tenía registrado en su cinta magnética por azar, al hacer unas tomas. Eran individuos que tú tenías en tu fichero personal, como importantes miembros de una organización criminal extranjera. Algo de espionaje, de terrorismo y todo eso…

—¿Y dónde guardó tu madre ese video, querida? Me servirá para explicar todo esto donde yo trabajo…

—¿Dónde, dices? —La niña sonrió—. No lo escondió en ninguna parte. Lo tengo yo… en una cinta donde también grabó mamá unas películas del ratón Mickey, está en el video de casa, a la vista de todo el mundo… junto a las demás películas grabadas…

Alex sintió ganas de reír, pero el recuerdo de su amada Megan, muerta estúpidamente por aquel asunto, le impidió hacerlo. Se incorporó, manteniendo a Jamie junto a sí. Su gigantesca figura hercúlea se agigantó más aún, al caminar hacia la salida, entre su pequeña y la joven guerrillera.

—Vamos, Yolanda —dijo—. Salgamos de este lugar para siempre…

—Sí, Alex —murmuró ella, tomándole de una mano suave, dulcemente—. Vamos. Me gustaría quedarme en tu país, a tu lado, trabajar contigo, Alex…

—Creo que eso será posible. Te lo mereces, Yolanda. Vamos a ser buenos amigos, muy buenos amigos…

—Eso ya es algo —musitó ella con ojos húmedos. Y con la esperanza de que, en el futuro, esa amistad pudiera ser algo más profundo, más cálido…

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/